

SOBREVIVIRE

benita romero morano



Image not found.

Capítulo 1

GUS

Hace más de una hora que, a horcajadas sobre la cama, pasea sus ojos por el inmenso lago de central park, de fondo Adelaida canturrea mientras repasa por millonésima vez los jarrones de flores que habían llegado muy de mañana de la floristería. Rosa, una mexicana cuarentona de contundentes curvas y hermosos ojos negros, le hace coro desde la cocina. Apila en el refrigerador los manjares que ha cocinado para su señorita y las visitas. Lleva ya dos años sirviendo en la casa, no hay patrona mejor, es la tercera vez que ayuda a preparar la renovación, como dice doña Adelaida, se refiere a los seis días que pasan encerradas en el piso. Ella vendrá todos los días puntual, a las seis de la mañana, y recogerá en silencio durante un par de horas, desapareciendo antes de que nadie se percate de que ha estado allí. No sabe que sucede pero le da igual. A pesar de las excentricidades no hubiese podido hallar un sitio mejor. La señorita Adelaida es jovial y poco exigente, cariñosa por demás. La otra, doña Gus, es otro cantar, taciturna y algo huraña pero por suerte está casi siempre de viaje. Por cierto, esta mañana anda peor que nunca, posiblemente tenga la culpa la monumental bronca que escuchó nada más llegar. Cerrando la puerta de la cocina se dispone a marcharse y olvidar todo aquel barullo, bastante tiene con sus problemas, un marido en la cárcel y un hijo siempre metido en líos y sacándole los cuartos.

-Gus querida ¿aún estas así?, están a punto de llegar y tu.....

Me obligué a contar hasta diez, no podía evitar que esta situación me sacara de quicio, llevaba cinco años viviendo con ella y no podía entender la importancia de aquellos días, me obligaba a pasarlos en un hotel y no consentía ni una llamada. Al principio desee conocerlas, ante su negativa creí que se avergonzaba de nuestra relación, no era tan simple. Habían construido una burbuja a su alrededor impenetrable e imposible de romper, me dolía verme fuera de esa parte de su vida sobre todo consciente de lo importante que era. Jamás fui posesiva en mis relaciones y tampoco en esta ocasión. Ambas viajábamos mucho, sobre todo yo, mi trabajo me tenía meses fuera y según la naturaleza del reportaje que persiguiese ni siquiera podía dar señas de mi paradero. No era su tiempo lo que celaba sino esa parte de su alma que aquellas mujeres poseían y yo no llegaba a vislumbrar. Había un misterio en su pasado que nunca desee conocer quizás porque no tenía intención de relatarle el mío.

Cuando me instalé en el fantástico piso de The Ardsley en el exclusivo barrio del Upper West Side con sus hermosas vistas a Central Park, pensé, hija de millonarios demasiado joven para poseer algo así de forma legal por méritos propios. Pero no tardé en comprender que su vida estaba lejos de los tópicos, quizá ahora pudiese casi sin proponérmelo empezar a

penetrar en aquella historia que de seguro no me dejaría indiferente.

Estiré las piernas y me tendí boca arriba con los brazos bajo la cabeza

-Gus por favor.

Su tono de impaciencia me irritó, gire la cabeza y la mire retadora, dispuesta a comenzar una nueva contienda, pero la tristeza de sus ojos me desarmó.

Salté de la cama y precipitadamente, cerré la maleta con violencia, cuando me gire dispuesta a volver al exilio casi me doy de bruces con Adelaida. Me alargó dos manuscritos que sostenía en las manos con tanta devoción como una madre al fruto de su vientre

-Ya te hable de ellos léelos, dentro de cinco días a las ocho tendrás todo un día para hablar con ellas y documentarte, si tras la entrevista no te parece interesante lo olvidas.

Un mes atrás cuando regresaba de uno de mis reportajes, sobre el comercio de mujeres, para el periódico donde trabajaba, tras horas y horas de exploración exhaustiva de reconocimiento de los cuerpos añorados con desesperación en los casi dos meses de ausencia, la abracé intentando protegerla de los horrores que había visto.

-No sé qué haría si te ocurriese algo

Me miró con ternura y acarició despacio mi cara enredando sus dedos en mis rizos rojos como la sangre que corría por mis venas como río desbordado. La deseaba tanto como la amaba. Todo en ella me encendía, su hermoso pelo rubio que brillaba hasta cegarme, sus ojos limpios como el cielo de verano, incluso su pasividad me enardecía. Desde el momento que la vi supe que estaba unida a ella.

Nacida en un pequeño pueblo español donde los dramas por rutinarios pasan desapercibidos, me quedé huérfana el mismo día que cumplí un año. Mi progenitor tuvo a bien cruzarse en el camino de la escopeta del señorito y ocupó el lugar del jabalí al que iba dirigida la bala. Mi madre se llevó toda la vida contándome las bondades del hombre, pero muy pronto las almas caritativas me informaron de la dura verdad. Borracho, y de mano ligera, buscaba cualquier excusa para propinarle tremendas palizas a la pobre Angustia que, aunque lloró delante de su cadáver, debió darle gracias a dios por el regalo recibido.

Me crié en el cortijo de los Albarado, donde mi madre servía. Supongo que pensaron que después de descerrajarle dos tiros a su marido le debían un techo. Demasiado ocupada, no me prodigó muchos mimos pero al menos

jamás me puso una mano encima.

Aprendí a leer en los periódicos que mi madre traía a la cocina para limpiar los cristales y soñé con un día viajar a lugares lejanos para relatar a seres menos afortunados las cosas que pasaban por el mundo.

Un día don Manuel, el capataz, que entraba y salía de la alcoba de mi progenitora con demasiada asiduidad, al toparse conmigo en la puerta del cuarto mientras se acomodaba los calzones, supongo que se sintió obligado a preguntarme.

-Agustinita ¿qué quieres ser de mayor?

Era estúpido, como si pudiese elegir, habría escuchado la pregunta en boca de los invitados del señor preguntándose a los señoritos, y en ese momento, en su azoramiento, solo se le ocurrió tamaña imbecilidad. Pero yo en mi inocencia enarbolando un periódico que traía bajo el brazo contesté.

-Algún día escribiré aquí.

-¿Periodista?

Las carcajadas sonaron en mi cabeza durante años. Me prometí que eso sería.

Acudí a la escuela de la aldea y tras rogarle mucho a mi madre, al instituto del pueblo limítrofe a diez kilómetros de distancia, que recorría dos veces al día entre cántaros de leche.

Fue casi terminando mi último año lectivo, cuando mi madre me hizo su mejor regalo, morir, sin ruido, dormida, probablemente reventada de trabajar de sol a sol. Tras un entierro, que pagó el señor, al que solo acudimos el cura y yo. Caminando de vuelta al cortijo, lloraba desconsolada, no por mi madre, sino por mí, me veía sustituyéndola como cuando una mula cae bajo el peso de la yunta y otra la sustituye invariablemente. Pero el destino me tenía preparada una sorpresa.

Esa misma tarde me dediqué a recoger las cosas de mi madre, los señores necesitaban la habitación. No había gran cosa, tres vestidos que dejaría que las otras sirvientas se repartieran, un misal, un rosario y una caja de zapatos bastante ajada, me sorprendió porque a los pies de la cama estaban los dos únicos pares que yo le había conocido. Con curiosidad la abrí y no pude reprimir un grito ahogado, tenía ante mí más billetes de los que hubiese podido imaginar, era una pequeña fortuna, jamás he podido saber de dónde salió todo aquello, cómo la infeliz Angustia había podido acumular semejante tesoro. Le agradecí que lo que no me había dado en

vida me lo diese después de muerta.

Tuve paciencia y a los dos meses les informé que me iba para servir en la ciudad, recogí mis escasas pertenencias y comencé mi nueva vida.

No era fácil para una jovencita sola, pero el dinero todo lo puede. Me instalé en una residencia de señoritas con una falsa carta de recomendación de nuestro párroco.

Tras meses de arduo estudio pude acceder a la facultad. Por casualidad, en una conferencia de un reputado escritor inglés, descubrí mi facilidad para los idiomas. A ello dediqué mi tiempo libre con la esperanza de que tras mi formación pudiese volar a ambientes menos asfixiantes.

Ya por ese entonces sabía que con respecto a la sexualidad tenía gustos peculiares, aunque jamás se me ocurriría exteriorizarlo. Para mis compañeros era una pueblerina estrecha a la que no podías tocar un pelo y a mí me interesaba que pensarán así.

Creo en el destino, él fue quien puso en mi camino a Susan, por ella estoy aquí. La encontré en una conferencia de un escritor norte americano compatriota suyo, estaba perfeccionando su español y llevaba solo unos días en España deseosa de practicar y extrovertida por naturaleza.

En cuanto se sentó a mi lado, entabló conversación. Yo saqué mi rudimentario inglés y comenzamos un diálogo de besugos sin pies ni cabeza. Continuamos la velada con un café al que siguieron muchos más. Aprendí idiomas y a disfrutar de mi cuerpo. Liberada desde hacía mucho tiempo, en su tierra no tenía que ocultarse, Nueva York era la ciudad de la libertad y la diversidad.

Durante los dos meses que duró su estancia recabé información, mi meta ya estaba en aquella ciudad de ambrosia donde todos eran la mar de felices, que ironía.

Nos despedimos sin demasiado revuelo, nos habíamos poseído. Las dos disfrutamos, yo por mi descubrimiento y ella por haberse topado con alguien a quien instruir. Me dejó una dirección y ansias de volar.

Cinco meses después con mi título bajo el brazo y mis recursos bastante mermados, me monté por primera vez en un avión camino de la tierra prometida. Había podido contactar con Susan días antes y conseguí que me buscara una habitación barata. Ella me esperaría y de su mano caminaría los primeros días. En el nuevo mundo las cosas así no serían tan difíciles.

Nada salió como esperaba, un cincuentón libidinoso con un cartelón en el pecho con mi nombre me informó que mi amiga estaba fuera de la ciudad.

Suspirando mirándome de reojo sé que pensó que de no ser lesbiana estaría para un apaño, pero dada las circunstancias me dejó en Bushwick, delante de un horrible edificio con mi rudimentario inglés.

Traté de explicarle al portero que tenía un cuarto reservado. Cuál fue mi sorpresa cuando comprobé que el viejo hablaba español, allí casi todos eran sudamericanos.

Si la fachada era deprimente, mi cuarto lo era más. Una cama de hierro, una silla desvencijada y una tabla mohosa clavada en una pared fría como una tumba, eran todo el mobiliario. Sin ventanas, la cruzaba una enorme tubería donde estuve a punto de colgarme cientos de veces. Olía a humedad y sudor, comida pasada y a pobreza, como el resto del barrio.

Compartía el baño con un chicano, una puta a punto de jubilarse y una pareja de rusos que se pegaban palizas día sí y día también, aunque en este caso al contrario de lo que era habitual, el varón se llevaba la peor parte.

Pensé que duraría poco mi estancia allí pero pasaron los meses y mi dinero se acababa. Susan no daba señales de vida y no podía encontrar nada. Ya no iba a los periódicos, me conformaba con cualquier cosa que me diese algo de dinero, estaba casi decidida a volver a España con muchos kilos de menos y una buena carga de decepción cuando el destino volvió a sonreírme.

Encontré bajo mi puerta una nota, "preséntate", y una dirección que desconocía. Había recorrido casi toda la gran manzana pero la lacónica nota de Susan no me aclaraba que es lo que me esperaba allí.

Orientarse por Manhattan es muy fácil, debido a una idea muy clara del trazado de las calles y avenidas de la ciudad. A excepción del Bajo Manhattan (tras la Calle 14), que estaba deshabitado y fue construido antes que el resto de la ciudad. Puedes observar que las calles están numeradas y van de Este a Oeste, mientras que las avenidas van de Norte a Sur y llevan números o letras. Algunas avenidas también tienen nombres que son fáciles de recordar: Park, Lexington, Madison, Broadway, Avenida de Las Américas (la Sexta Avenida), Varick St. (la Séptima), Central Park West (la Octava), Columbus (la Novena), Ámsterdam (la Décima). A pesar de todo me costó encontrar la pequeña redacción de la jovencísima revista de moda situada en un elegante edificio. No tenía ni idea de ropa pero necesitaba el dinero y ellas una reportera con urgencia. Gracias a dios, Norma, una fotógrafa experimentada, estaba a la última en tendencias. Con su ayuda logré sobrevivir en aquel mundo que además ni siquiera me gustaba. Me vistió

y me presentó a todos los que debía conocer, allí la encontré.

ADELAIDA

Teníamos que cubrir un desfile de la casa Gautier. Mi compañera estaba emocionada, era la primera colección de la última adquisición de la firma, una joven con mucho talento según los entendidos, nadie sabía de donde había salido y eso le daba más morbo a la noche.

A mí me importaba un bledo pero era mi única fuente de ingresos, teniendo en cuenta que había gastado un buen puñado de dólares en comprar trapitos y cambié mi dirección de un sótano húmedo a la primera planta de un edificio ruinoso con vistas a una calle que compartía con un gran número de prostitutas y algunos camellos de poca monta. No podía permitirme perder el trabajo, después de casi siete meses, ya algo había aprendido, sabía que la casa Gautier era la más importante de la capital francesa, sinónimo de clase y buen gusto, necesitaría toda una vida para poder pagar uno solo de sus modelos.

Conseguimos un lugar en primera fila, Norma casi entra en éxtasis.

No pude ver ninguno de los modelos mis ojos se quedaron enganchados en la mujer de pelo rubio y sonrisa dulce que daba órdenes con soltura a pesar de su evidente juventud. Durante un momento nuestras miradas se cruzaron. Leyó, porque me lo ha referido muchas veces, la decisión de pasar mi vida a su lado. Jamás había sentido aquella fuerza y la curiosidad

hizo que en la recepción posterior se acercase a mí.

-¿Nos conocemos?

Sabía la respuesta pero la sorprendí.

-No, pero estoy segura que no nos separaremos nunca más.

Su carcajada hizo que algunos nos miraran curiosos, pero solo una semana después hice mi maleta y me instale en su apartamento.

No me alucinó ni el elegante edificio, ni el piso enorme, ni tan siquiera las hermosas vistas de Central Park. Viviría allí porque deseaba estar con ella y no había nacido Adelaida para compartir barrio con borrachos y chorizos de poca monta.

He de agradecerle que me ayudase a cumplir mi sueño, por sus contactos entré en el mejor periódico de la ciudad. No me avergüenza reconocerlo porque es a mi trabajo, a ese al que le dedico un porcentaje bastante amplio de mi vida, quizás más del que debiera, pero ambas disfrutamos con lo que hacemos, ese es el que me ha puesto en la cumbre de mi profesión después de años de lucha.

Miré la maleta junto a mí, me encontraba en uno de los mejores hoteles de la ciudad, en estos momentos una cárcel, me dispuse a pedir algo de comer y me metí en la ducha.

Tras servirme una dosis bastante generosa de wiski, mis ojos se fijaron en el maletín donde Adelaida me había guardado los manuscritos. Sentada frente al enorme ventanal que presidía la habitación comenzó mi aventura.

QUIZÁ ALGUNALGÚN DIADÍA

MARÍA

Eran las cinco y veinte de la mañana, debía darme prisa o no llegaría a tiempo de coger el vuelo. Sonreí. Era la excusa que había estado buscando con desesperación toda la noche.

Quizás aún pudiese librarme del sepelio. Sacudí la cabeza desechando semejante idea por mucho que lo desease, no tenía corazón para dejarla sola en semejante trance, si para mí era volver al purgatorio para ella era entrar de nuevo en el infierno.

Llevaba huyendo quince años, ambas lo hacíamos, incluso nos habíamos alejado una de la otra para que nada nos recordase los momentos vividos.

Miré la pequeña bolsa de mano, jamás había viajado con tan poco equipaje. Mis amigas solían bromear, decían que mi miedo al compromiso estaba basado en la imposibilidad de buscar hueco en mi armario para la ropa de otra persona. La realidad era que compraba compulsivamente, siempre había en mi vestidor varios conjuntos por estrenar y un hombre volviéndose desde la puerta.

Agarré mi cartera con rabia prometiéndome que reduciría a horas la estancia en Mertue, maldito pueblo, cada letra estaba grabada a fuego en

mi mente.

Tardé en darme cuenta que desde el cartel que anunciaba el término municipal y junto al clásico bienvenido, ya nos estaba indicando lo que nos esperaba en lo alto de la escarpada montaña.

Cuando salí del lujoso ascensor mi mirada se quedó atrapada en los gruesos copos de nieve que caían.

El saludo de Roberto me sobresalto, no tenía ni idea que el joven portero se levantase tan temprano, en realidad jamás abría los ojos antes de las once de la mañana.

Se ofreció a llevarme el equipaje hasta el taxi que ya me esperaba fuera, me negué señalándole la pequeña bolsa de mano. La sorpresa que reflejó su rostro me hizo sonreír, estaba acostumbrado a las tres samsonite que eran mis inseparables compañeras de viaje.

Alexia ocupaba el pequeño apartamento situado junto al piso de ciento cincuenta metros que yo había adquirido, a muy buen precio, hacía un año.

La primera vez que visitó mi casa tras la reforma a la que yo la sometí gritó "!!Un apartamento gigante!!".

Tiré los tabiques de los tres dormitorios de los que constaba la vivienda y los convertí en uno, la mayor parte del cual estaba ocupado por un enorme vestidor con un espejo de más de tres metros que lo presidía. Ella riéndose repitió el cotilleo que corría entre todos mis conocidos. "Está tan pagada de sí misma que no puede dejar de mirarse". Pero quizá fuese mi amiga, la única persona que podía llevar esa denominación, quien mejor me conociese. A ella le debía mi salud mental si se podía considerar que existía.

Dos años atrás en la cumbre de mi profesión, a la que había llegado a impulsos de mi destino, la angustia que me acompañaba desde mi niñez y que con tanta maestría había aprendido a controlar consiguió romper las barreras y amenazaba con engullirme.

Solicité cita en las consultas de los mejores psiquiatras pero a pesar de llegar a sentarme en la sala de espera de todas y cada una de ellas, jamás entré. Desde la misma puerta huía despavorida como si la misma muerte me persiguiese ante el estupor de las pobres enfermeras.

La necesidad de abandonar las habitaciones de los hoteles donde había habitado, que no vivido, desde que logré huir del infierno, y la insistencia

de Jorge, me llevaron a comprarme una vivienda.

La casualidad o mi destino me pusieron frente a este piso antiguo en una de las zonas más lujosas de la ciudad.

En él encontré a Alexia, según su propia definición "amiga por vocación y psiquiatra de profesión". Poco después me comentó entre risas "tú eras la loca que huyó de mi consulta". Marta, la chica que le ayuda, a pesar de las cosas extrañas que allí había visto, repetía que jamás había encontrado tal expresión de desesperación en el rostro de un ser humano.

El claxon del taxi me hizo volver al momento presente. Roberto mantenía abierta la puerta para permitirme salir pero mi expresión le tenía consternado, no lograba decidir si avisarme de que mi transporte esperaba o no, el taxista vino en su ayuda.

Sacudí la cabeza, gesto muy frecuente en mí cuando quería despejarme. Me lancé decidida a la calle, el aire helado de la mañana me sentó bien.

Lo primero que vi, la cara sonriente de un mocoso de poco más de veinte años que con decisión se abalanzaba sobre mi bolsa. "Señora la ayudo". Me aferré a ella como si todo lo que poseyese fuese ahí dentro, el joven, sorprendido, dio un paso atrás y con gesto de disgusto se alejó hacia la puerta del conductor.

Ya dentro del taxi volvió a tocar la bocina con insistencia, francamente irritado. Volví la cabeza hacia el interior del portal, Roberto contemplaba la escena desde dentro con el asombro más absoluto descansando en su rostro. No me importaba lo que los demás pensasen de mí, pero sin quererlo me ruboricé, el joven portero debía estar convencido que me había vuelto loca, lo mismo que el taxista que rezongaba impaciente. Me arrebujé en el interior del vehículo, más para intentar desaparecer dentro de mi abrigo que por el frío.

Cuando logre recuperarme miré mi reloj de pulsera, una pequeña joya de oro rosa de Vacheron Constantin, el primero de los muchos caprichos que me permití cuando mi destino cambió en unos segundos años atrás.

Todo mi miedo desapareció y mi habitual seguridad en mí misma volvió como por arte de magia. No estaba dispuesta a que este maldito viaje me hundiese. Con voz autoritaria le indique al joven la dirección del aeropuerto. "Voy tarde, le pagaré el doble si se da prisa". Supongo que no era frecuente ese ofrecimiento porque instantáneamente el coche voló por las desiertas calles de la ciudad. Cerré los ojos, necesitaba serenarme, si solo pensarlo me desquiciaba tanto cómo reaccionaría cuando estuviese

allí.

La imagen de mi madre se fijó en mi cabeza, hacía más de quince años que no la veía, me había escudado en mi trabajo para alejarme, aunque en mi defensa no creo que ella tampoco tuviese mucho interés en estar cerca de mí. Lo último que recuerdo fue la mirada de miedo que me dirigió cuando nos despedimos en aquella pequeña estación, en medio de la nada.

Cuando empezó a llegar el dinero a mansalva a mi vida, la busqué, contraté a Pedro, un detective privado de mucho prestigio, me trajo su dirección y un recado, no quería verme, no la culpé.

Durante algún tiempo le envié dinero, en realidad aún lo hago, si ella no deseaba que tuviésemos contacto yo tampoco tenía interés en acercarme al pasado. Pero supongo que pudo más el instinto maternal que cualquier otro y terminó llamándome, una vez al mes durante los últimos años suena mi teléfono y se repite la misma conversación insustancial, mientras debajo bulle toda la historia como en una olla a presión que sabes que no puedes destapar porque podría matarte.

Dos días atrás el temblor en su voz me alertó que algo había cambiado "ella ha muerto". No hizo falta decir nada más, estaba francamente aterrorizada, "Tengo que volver".

Estuve a punto de decirle que no me importaba, que nada tenía que ver conmigo, no pude, ni siquiera le pregunte por qué debía volver. Le reservé vuelo y una habitación de hotel en la ciudad más cercana a su destino y le informé que tres días después nos encontraríamos allí. Desde entonces mi vida estaba patas arriba, suspendí todos mis compromisos y me dispuse, a regañadientes, a enfrentarme con mi pasado.

El vehículo se detuvo en la zona de salida del aeropuerto, sin preguntar cuanto era el importe tiré un billete sobre el asiento junto al conductor, había realizado ese recorrido infinidad de veces y sabía que triplicaba el importe de la carrera.

Me lancé al interior de la terminal, tenía tiempo aun, pero temía no tener valor para seguir adelante, deseaba encontrarme de nuevo en la seguridad de mi casa y suspender lo que para mí se estaba convirtiendo en un regreso al pasado, algo que llevaba años intentando evitar.

De forma mecánica, casi sin pensar, me encontré sentada en el avión, mi cabeza comenzó un retroceso endiablado a una época que creía enterrada para siempre.

Vivíamos en un humilde piso en la periferia de una gran ciudad. Mi padre trabajaba casi todo el día, al anochecer cuando llegaba a casa yo le

esperaba, ya con mi pijama, acurrucada en el viejo sillón de la entrada. Nunca fallaba, siempre venía con una historia fantástica de príncipes y princesas que me acompañaba al mundo de los sueños. Aquel día me despertó el llanto de mi madre y la voz ronca de mi progenitor que gritaba con desesperación, jamás le había escuchado levantar la voz.

Me asusté, quería levantarme para preguntar qué sucedía pero una mano invisible me mantenía clavada a la cama. Realizando un gran esfuerzo logré asomarme por la puerta entreabierta de mi cuarto, él esgrimía un papel en las manos que sacudía frenéticamente, no lo reconocí, ese hombre colérico no me era familiar. Nunca más volvieron los cuentos, ni los abrazos, mi padre desapareció en aquel pequeño piso lleno de luz.

A la mañana siguiente los tres salimos de allí, despacio, para comenzar un viaje hacia la destrucción.

La voz de la azafata me obligo a centrarme en el presente. Mientras ajustaba mi cinturón, miré por la ventanilla, no era la pista de despegue lo que veía sino la ciudad alejarse desde la parte de atrás del autobús mientras agarraba la mano temblorosa de mi madre. No me atreví a preguntar, intuía que algo malo pasaba, pensé que si lo ignoraba todo desaparecería y volveríamos atrás, eso no sucedió.

Durante horas el bullicio del vehículo apago el pertinaz silencio de mis padres, el cansancio me venció, cuando abrí los ojos me dolía todo el cuerpo, acurrucada en mi asiento temblaba, había oscurecido y el autobús aminoraba su marcha. Despacio me incorporé para mirar por la ventanilla, allí no había nada, el silencio se había apoderado también del interior, los escasos viajeros que aún permanecían en el vehículo, dormían plácidamente. Sentí que tiraban de mí, centre mi atención en la mano grande y peluda que tan solo horas antes me daba seguridad y ahora me producía terror. Bajé intentando contener las lágrimas que pugnaban por salir de mis ojos como ríos desbordados, en medio de ninguna parte. Mientras esperábamos no sabía bien qué, la soledad entró en mi alma y jamás he logrado que la desocupe.

Una joven de sonrisa fácil me hizo cortar el hilo de mis pensamientos, me ofreció un café, acepté, necesitaba algo fuerte, ya no podía parar, tenía que mantenerme despierta para acabar con aquel martirio, si los dejaba salir quizá lograra serenarme y salir cuerda de allí.

Poco a poco el interior del avión se fue difuminando y una tenue luz se acercó desde la lejanía. Conforme se aproximaba mi desasosiego iba en aumento.

Cuando se detuvo delante de mí, cegada, no pude distinguir de qué se trataba, sin tiempo a reaccionar mi padre me izó en brazos y me introdujo

en lo que debía ser un coche.

Olía a vómito y a sudor. Me tapé la boca intentando evitar la arcada mientras mis ojos se elevaban temerosos hacia el hombre que en silencio, con la mirada perdida, se había sentado a mi lado. Mi madre, pegada a la puerta del vehículo casi había desaparecido, a si de pequeña se veía.

No fui consciente del tiempo transcurrido centrada como estaba en evitar el vómito, cuando aquel armatoste frenó bruscamente. Me sobresalté, intenté mirar a través de los sucios cristales, estaba segura de haber llegado a la choza de una hechicera maligna que había hipnotizado a mis padres para devorarnos a todos. No sabía hasta qué punto era real mi fantasía.

El conductor, sin siquiera hablar, ni dignarse volver la cara para mirarnos, nos indicó con un gesto que bajásemos. Me fijé en él por un instante, un escalofrío recorrió mi cuerpo, una prominente joroba se había colocado sobre su espalda, en la parte superior de su cuello una bola brillaba, ocupada por unas greñas de un color indefinido, haciendo equilibrios para no caerse. Era realmente ridículo, si no fuese por la situación que lo rodeaba hasta resultaría divertido.

Mi padre, cargado con dos maletas, se perdió en la oscuridad, de la mano de mi madre, casi corriendo para no perderlo le seguimos, tropezamos en varias ocasiones y a duras penas logramos mantenernos de pie, sin saber por dónde caminábamos. La oscuridad era total, llegamos frente a una puerta pequeña iluminada por una diminuta bombilla, allí termino nuestra alocada travesía.

Abrí los ojos de par en par cuando la madera crujió y desplazándose a un lado nos dejó paso libre, ninguna mano humana parecía haberla tocado.

Ya en el interior de la vivienda, acostumbrada a la oscuridad, pude distinguir con nitidez lo que me rodeaba. Un pasillo largo desembocaba en una estancia amplia, solo alcanzaba a ver una mesa sobre la cual descansaba una gran caja rodeada de velas. Conforme avanzaba me fijé en las cuatro puertas que se colocaban dos a la derecha y dos a la izquierda, temía que de un momento a otro saliese un dragón y nos engullera, mis fantasías duraron poco, la realidad con la que me encontré al desembocar en la sala superaba mi imaginación.

LA SEÑA MARIA

Dos mujeres sentadas a la cabecera de la mesa, totalmente vestidas de negro con las cabezas bajas, susurraban algo que yo no podía entender, ahora estaba segura de estar ante dos brujas. Mis temores se confirmaron cuando mi padre avanzó despacio y se arrodillo delante de una de ellas sollozando.

Estaba poseído, como los protagonistas de las historias de terror que mi amiga Paula me contaba en los recreos del colegio.

La anciana extendió la mano, le acaricio la cabeza, unos diminutos ojos de un negro azabache se clavaron en mí, odio, eso vi, me recordaba las miradas de la empollona cuando me adelantaba en clase a su respuesta y recibía las felicitaciones del profesor del que ella estaba enamorada,

cotilleo que recorría las filas de pupitres entre risas nerviosas.

Sacudí la cabeza para volver al presente, no entendía porque sentía eso por mí, yo no la conocía y no le había hecho nada. Me señaló con un dedo huesudo, arrugado, empecé a temblar, estaba segura que al igual que Hansen y Gretel estaba destinada a ser el almuerzo de las brujas.

Cuando vi como mi padre avanzaba hacia mí el terror me invadió, era él quien me entregaría, sin ser consciente porque lo tenía hipnotizado, no pude moverme, esperé mi destino con resignación, ni siquiera podía esperar la ayuda de mi madre que parecía haber perdido toda su energía , acurrucada junto a la pared pasaba desapercibida.

Cerré los ojos y recé. Cuando escuché la voz del hombre que me sostenía, para mí desde ese mismo momento dejó de ser mi progenitor, los abrí, el pavor hizo que me revoliera entre sus brazos, no era un caldero de agua caliente esperando engullirme, lo que allí había era un vampiro, ese era mi destino.

Desprendía un olor ácido, su piel amarillenta, sus ojos cerrados surcados por ojeras negras aparecían hinchados y sus labios de un azul violáceo estaban entre abiertos.

Me obligó a pegar mi cara a la del monstruo, las náuseas que me habían acompañado desde hacía muchas horas dejaron paso a los escasos alimentos ingeridos durante el día que daban vueltas incómodos en mi estómago, todo fue muy rápido , no sé cómo llegue al suelo ,sólo reaccioné cuando noté el dolor en mi rostro. Mi padre me había pegado, era la primera vez, el asombro era tan grande que no me dejaba percibir ninguna otra cosa. Cuando fijé mi vista en las brujas, estas avanzaban con las manos elevadas al cielo gritando , era incapaz de moverme, sabía que algo terrible me iba a suceder, cerré los ojos , alguien me arrastró, solo logré abrirlos cuando noté el calor del cuerpo de mi madre pegado al mío.

Estábamos en medio del estrecho pasillo, sentí un dolor agudo en la mejilla y por primera vez deje que las lágrimas recorrieran mi cara, me agarré desesperada a la cintura de la mujer que temblaba compulsivamente. Los gritos fueron cesando, yo estaba segura que dentro habían decidido el método para ejecutarlos.

Apareció la otra anciana, hasta ahora no había podido verle la cara, ahora me fijé bien en ella, necesitaba conocer a quien sería mi verdugo, mejillas hundidas, los mismos ojos de su compañera, caminaba ligeramente encorvada, pero en su mirada no se percibía odio sino indiferencia, detrás de ella el hombre arrastraba los pies como si en unos instantes hubiese

envejecido cientos de años.

La vieja me agarró apartándome de mi madre, mientras ella intentaba desasirse de los brazos del hombre entre sollozos, fui empujada al interior de uno de los cuartos. Permanecí pegada a la puerta con los cinco sentidos puesto en lo que se escuchaba fuera. Poco a poco el llanto se fue apagando y un silencio espeso me fue rodeando. Me dejé caer y terminé sentada a los pies de la puerta cerrada. Recorrí con la mirada muy despacio el lugar en el que me encontraba, una pequeña cama de hierro pintada de azul cielo, sobre ella colgado en la pared un enorme crucifijo de madera con un Cristo dibujado sobre un fondo dorado, una mesita de noche de patas finas y alargadas con una tapa blanca sobre la que descansaba una lamparita de cristal rojo, estaba encendida, como si me hubiese estado esperando, más tarde averigüé que era a mi padre a quien esperaba, su luz tenue dibujaba macabras imágenes en las blancas paredes desprovistas de cualquier otro adorno, frente a la cama un diminuto armario bastante deteriorado pero hermoso como los que aparecían en los cuentos de las princesas, dibujos de flores de colores ocupaban casi todo el frontal.

Mis ojos se quedaron prendidos en la diminuta ventana, a pesar de su tamaño podría huir, salté como impelida por un resorte, me precipité hacia ella, era mi única oportunidad de salvar la vida, tarde o temprano las brujas volverían para matarme. Con mucho esfuerzo corrí el oxidado cerrojo, cuando logré abrirla el frío aire de la noche entró haciéndome temblar, sin poderme contener comencé a llorar desesperadamente mientras me aferraba a los gruesos barrotes de mi improvisada cárcel, no sé cuánto tiempo estuve así, me dolía todo el cuerpo y la cabeza me daba vueltas, me arrastré hasta tumbarme en la cama, el sueño debió vencerme. Cuando desperté, una luz mortecina invadía la habitación, tardé unos segundos en recordar los acontecimientos vividos, me sentí mareada, las náuseas volvieron, el aire helado de la mañana había entumecido mis brazos y mis piernas, apenas lograba girarme en la cama, a pesar de que me sentía morir logré incorporarme, lo que vi me aterrorizó más que me alegró, a los pies de la puerta cerrada descansaba una bandeja con un tazón de leche y una rodaja de pan con mantequilla, habían entrado y yo no me había dado cuenta, una sensación de impotencia me invadió.

A duras penas logré llegar hasta la comida, engullí aquella leche espesa y el pan duro en unos instantes, el instinto de supervivencia hizo que para mí en esos momentos fuesen los mejores manjares del mundo. Me volví a la cama, retiré la colcha realizada con miles de trozos de telas de todas clases, perros, gatos, pájaros me miraban amenazadores, estaba tan cansada que todo me daba igual, solo quería dormir, quizás cuando despertase estuviese de vuelta en mi casa y todo esto solo fuese una horrible pesadilla. Acurrucada entre las sábanas de un blanco inmaculado

volví a quedarme dormida.

El sonido lejano de unas campanadas hizo que me incorporase de golpe en la cama, la oscuridad era casi total, solo algunos pequeños rayos de sol entraban tímidamente por la desvencijada ventana, otra vez esa sensación de impotencia me invadió, de nuevo habían entrado durante mi sueño, recordaba con nitidez la ventana abierta, me había dormido mirando el pequeño trozo de cielo que se divisaba desde la cama, no volvería a dormir, no consentiría que me encontrasen así cuando volvieran.

Centré mi atención en los ruidos de la casa pero nada se escuchaba, solo las campanas seguían sonando insistentemente, después escucharía ese sonido muchas veces, doblaban a muerto.

Permanecí mucho tiempo inmóvil, no sé cuánto, un murmullo llegó a mis oídos, alguien se acercaba a la ventana, la conversación era cada vez más nítida, intenté correr hacia la hoja de madera y pedir ayuda pero no podía moverme, tal era el miedo que me invadía, de pronto cesaron las voces y el silencio volvió a ocupar la estancia.

Me levanté y comencé a pasear por la habitación, tenía que pensar, si volvían debía actuar con decisión, en esto estaba cuando de golpe se abrió la puerta del cuarto, y me encontré de frente con mi padre que acompañado de una de las brujas, me miraba desolado.

No comprendía lo que me estaba diciendo, solo llegué a entender que estaba castigada no saldría de mi cuarto hasta que no aprendiera a comportarme, solo la tía Crisanta entraría para llevarme la comida y me acompañaría fuera para lavarme y hacer mis necesidades.

Llegué a musitar con los ojos abiertos de par en par "quiero ver a mi madre" tenía la esperanza que ella me explicase que pasaba, solo ella podía sacarme de allí. Una voz chillona me contestó, mientras mi padre se alejaba de la puerta dejándome sola con aquella vieja desdentada que movía compulsivamente las manos delante de mi cara intentando explicarme algo que yo no lograba entender, me agarró con fuerza del brazo y a rastras me hizo atravesar el pasillo, la sala, hasta desembocar en un pequeño patio interior en el centro del cual un enorme árbol de espesas ramas apenas dejaba pasar la luz. Al otro lado una puerta minúscula de un verde hoja, entreabierta, era lo único que resaltaba en el blanco del enorme muro.

Me empujó dentro visiblemente enojada, rezongando se alejó de allí, me volví e intenté abrir con desesperación, comprobé que estaba encerrada. Miré el interior, la luz penetraba por una enorme ventana casi pegada al techo, un diminuto plato de ducha con una cortina, alguna vez debió ser blanca pero las manchas de humedad habían desvirtuado su color, junto

con un lavabo y un wáter eran lo único que había en aquella estancia. A un lado de la puerta, sobre un pequeño taburete de madera, descansaba mi ropa, unos vaqueros y una camiseta de flores, era mi conjunto favorito, me lo habían regalado mis padres para mi cumpleaños, había invitado a mis dos mejores amigas al cine y habíamos partido un pastel de chocolate en una pequeña cafetería, todo quedaba tan lejos como si nunca hubiese existido.

Hasta ese momento no me había dado cuenta del olor a vomito que desprendía, parte de mi ropa estaba manchada, mi largo pelo negro aparecía enmarañado, la imagen que me devolvió el sucio espejo de la pared era deplorable.

Me acerqué a la ducha y abrí el grifo. El agua, a pesar de esperar un rato, salía helada. No me importó, cogí una pastilla de jabón de color blanco, sin olor a nada que yo pudiese identificar, y me dispuse a cambiar algo mi aspecto.

Al lado del lavabo había una toalla blanca y sobre esta, un cepillo de madera, era todo lo que allí había, no encontré champú y con la pastilla de jabón froté mi pelo al igual que el resto del cuerpo. A pesar de lo fría que estaba, el agua sobre mi piel me hizo sentir bien, cuando termine de cepillar mi hermoso pelo y me vestí con la ropa limpia sentí que era capaz de enfrentarme a todo, incluso a las brujas que me tenían prisionera, pero mi optimismo duró poco. Cuando instantes después se abrió la puerta y la vieja apareció ante mí, todo el valor de minutos antes me abandonó, me dejé arrastrar hasta la habitación sin oponer resistencia, ya dentro de mi cárcel vi de nuevo la comida, esta vez un plato de lentejas, un vaso de agua y una hogaza de pan eran mi almuerzo.

Mientras comía despacio observé la pareja de pavos reales que con sus enormes colas de brillantes colores me miraban desde la pequeña bandeja. Cuando hube terminado me encaminé despacio hacia la ventana, quería ver el exterior, quizás alguien pasase por allí que pudiese ayudarme, la desolación me invadió, delante de mí solo un muro medio derruido, miré a ambos lados pero el estrecho callejón no me permitía ver nada.

De pronto algo asomó por la pared, la cabeza del precioso animal me sobresaltó, estaba tan cerca que si extendía el brazo casi llegaba a tocarlo, el brillante pelo negro me maravilló pero lo que más llamó mi atención fueron sus enormes ojos negros de expresión triste, era un viejo caballo, nunca había visto uno de verdad, le hablé con dulzura y relinchó sacudiendo la cabeza.

Pasaron más de dos semanas, mi único contacto con el exterior de mi habitación eran los escasos momentos que permanecía en el cuarto de baño para asearme y cambiarme de ropa, gracias a mi nuevo amigo a

quien contaba mis penas no me volví loca.

No entendía por qué mi madre no venía a verme, la única ocasión en la que tuve valor y le pregunte a la bruja esta me gritó zarandeándome y pronunciando frases ininteligibles, no tuve valor para volver a dirigirme a ella.

Un día, tras mi aseo matinal, estaba dispuesta a volver a mi encierro, cuando me di cuenta que no era el camino habitual el que tomábamos, frente a la puerta que daba al patio otra de mayor tamaño, siempre hasta entonces cerrada, me esperaba. Me quedé parada, de un empujón me introdujo dentro, la habitación estaba en penumbras, cuando sentí cerrarse la puerta tras de mí comencé a temblar, lo primero que vislumbré fueron sus pequeños ojos fijos en mí, estudiándome.

-Soy tu abuela, a partir de ahora me obedecerás, te comportaras como una mujer decente, no quiero sinvergüenzas bajo mi techo, si no aprendes volverás a tu cuarto para siempre. ¿Me has entendido?

Moví la cabeza asintiendo.

-Siéntate a mi lado.

Obedecí de forma automática, sin conseguir apartar mi mirada de la suya.

- Eres tan orgullosa y desvergonzada como lo es tu madre, pero yo te enseñaré, no lo dudes.

Su voz era dura, agaché la cabeza y clave mis ojos en el cristal de la mesa, eso pareció gustarle, su tono se suavizó.

-Así está mejor. Mañana te pondrás la ropa nueva que la tía Crisanta te ha comprado y acudirás a misa con nosotras y con tu padre.

Deseé preguntarle por mi madre pero temí su reacción y permanecí en silencio.

Toda la noche estuve dándole vueltas a lo ocurrido, me prometí que haría todo lo que me dijeran, todo antes de consentir que me volvieran a encerrar. Averiguaría que se esperaba de mí y así me comportaría. Estaba segura que me había engañado, ella no podía ser mi abuela, la mujer dulce y buena de la que tanto me había hablado mi padre, pero no estaba dispuesta a contradecirla.

Al día siguiente, cuando mi vieja guardiana vino para acompañarme a mi aseo diario, llevaba en la mano un vestido negro, era la cosa más fea que

yo había visto nunca, pero no hice ningún comentario.

Tras la ducha me lo puse, me estaba muy largo, casi me lo pisaba al caminar y el cuello me apretaba tanto que no podía respirar, unas botas del mismo color con la suela de goma completaban mi atuendo. Cuando llegó a recogerme me miró de arriba abajo, sonrió satisfecha. Extendiendo la mano me entrego un velo, lo contemplé en mis manos aterrorizada, no tenía ni idea que se suponía que debía hacer con él, me lo arrancó impaciente, colocándomelo sobre la cabeza me clavó literalmente dos gruesas horquillas, tuve que hacer un gran esfuerzo para no gritar de dolor.

Me indicó que la siguiese, nos encaminamos a la puerta de salida, ya allí nos esperaba mi padre, junto a él agarrada de su brazo la otra bruja sonreía satisfecha mirándome.

Comenzamos a subir la estrecha calle, ellos delante y yo detrás de la mano de la tía Crisanta, como la tuve que llamar desde ese momento. Miré embelesada los balcones con negras rejas profusamente labradas, no pude ver mucho más, sentí su mano sobre mi cabeza como una tenaza obligándome a mirar al suelo. Así continuamos durante un buen rato, yo solo podía ver los pies de las personas que subían por la calle, botas oscuras no muy diferentes de las que yo llevaba, por fin nuestra ascensión terminó, quería saber dónde estábamos pero no me atrevía a levantar la vista, Una voz bronca, autoritaria, me obligó a alzar los ojos.

-¿Eres María?

Un hombre de edad indefinida con el rostro rojo como la grana y los ojos saltones de un azul desvaído, como los sapos que cazaba con mis amigas en el estanque del parque donde jugábamos los domingos, me miraba interrogante, no sabía si debía contestar o no, aterrorizada rezaba para que alguien viniese en mi ayuda, esta llegó de quien menos podía esperar.

-Es mi nieta, quizás entre los dos consigamos hacer una buena cristiana de ella.

-Si es como su abuela será una mujer temerosa de Dios. Mándemela a la parroquia los domingos por la tarde y mi hermana estará encantada de instruirla.

- No faltará a ninguno. Mi hijo se instalará aquí y se ocupará del trabajo de mi difunto marido.

Mientras entrábamos a la oscura iglesia unas tremendas ganas de llorar me invadieron, si no había entendido mal tendría que estar allí para siempre, intenté mirar a mi padre, solicitar su ayuda, suplicarle si era

preciso, pero la huesuda mano de la tía Crisanta me volvió a obligar a bajar la cabeza.

Cada vez que escuchaba el murmullo de las voces de los fieles movía los labios, yo iba a misa todos los domingos con mis amigas, también había hecho la primera comunión, pero aquel sitio nada tenía que ver con la iglesia de mi barrio llena de luz y de cánticos, el silencio frío y triste que allí se respiraba contrastaba con la algarabía que se organizaba en la misa de doce cuando toda la chiquillería quería contestar a la vez a las preguntas de don Pedro, nuestro joven párroco.

De vuelta en la casa, mi abuela, como se me ordenó que debía llamarla, se sentó en la mesa, aquella que un día ocupó la caja con el cadáver que ya había comprendido era de mi abuelo, frente a ella se situó mi padre, con un gesto me indicó que me sentase a su derecha, la tía Crisanta trajinaba en la estancia contigua. Apareció con una fuente repleta de carne, tocino, morcilla, chorizo. Un enorme plato de madera rebosaba de rodajas de pan, la botella más bonita que yo había visto nunca estaba situada junto a mi padre llena de vino rojo como la sangre, el agua depositada en una enorme jarra azul añil fue servida en unos vasos del mismo color tan grandes que temí no poder levantarlos.

Me fijé mejor en la botella que había captado mi atención, miles de hojas talladas con maestría en el cristal la formaban, junto a ella una copa cuya base representaba la cabeza de un caballo, pensé en mi nuevo amigo, imaginé que otro pobre animal había sido sacrificado para que pudiesen degustar aquello que de seguro que no era vino sino sangre, no pude evitar un ligero temblor, aparté la vista y la clavé en el plato que estaba delante de mí, estaba ribeteado de diminutas flores de múltiples colores.

Un olor penetrante, agradable, inundó la estancia, levanté la vista, la tía Crisanta llegaba con una enorme sopera humeante. Cuando la anciana se sentó, mi padre procedió a bendecir la mesa como siempre hacía en casa, pero su voz era mecánica sin matices, en nada se parecía a las hermosas plegarias de los domingos en nuestro humilde piso, con los platos de cristal transparentes y los vasos de nocilla que mi madre guardaba una vez yo había rebañado con el dedo hasta la última gota.

Un dolor agudo me hizo volver al presente, mi abuela me había propinado un pellizco en la pierna que me dolió durante días, por iluminación divina, no porque supiese lo que estaba haciendo, pronuncie el "amen" más sentido de toda mi vida.

La comida transcurrió en silencio. Comí con apetito, la comida estaba buena y yo había tomado la decisión de adaptarme y sobrevivir, ayudé a quitar la mesa, cuando entré cargada de platos por primera vez en la cocina, una grata sensación me recorrió, una pequeña chimenea ocupaba un rincón a mi derecha delante de ella una vieja mecedora de neas,

parecía a punto de deshacerse , el frontal estaba ocupado por una encimera formada de retazos de azulejos de lo más variopinto, un enorme fregadero de barro la perforaba , a mi izquierda una cocina de butano de dos fuegos , parecida a la que teníamos en la ciudad , desentonaba con el entorno, en el centro una mesa negra como la noche completaba el conjunto, la luz penetraba por una ventana de barrotes verdes que daba al patio interior, una cortina de cuadros rojos y blancos, idéntica a la que ocultaba los bajos de la encimera ,se movía suavemente impulsada por la brisa de la fría tarde de otoño.

El empujón que me propinó la anciana que regresaba a la cocina cargada con los restos de la bandeja de carne me hizo dar un traspié, a trompicones llegué a la mesa central y deposité los platos. Mientras regresaba a la sala me señaló el fregadero.

- Haz algo útil friega los platos.

Me dirigí obediente, fui metiendo los platos en el agua que ya tenía el recipiente de barro, el fuerte tirón de pelos me hizo echar la cabeza hacia atrás.

- ¡¡Puerca!!Eres como tu madre una inútil, quítate y mira como se hace, señoritas de ciudad buenas para nada.

El corazón me latía a toda velocidad, cerré los puños, nada en mi rostro denotaba mi estado de ánimo. Observé en silencio cada uno de los movimientos de la bruja, cogió un barreño y vació una garrafa de agua dentro, enjuagó los platos después de retirar los restos minuciosamente, después en el fregadero introdujo los platos uno a uno, con un estropajo, impregnado de un producto con un fuerte olor a lejía que me producía unas nauseas espantosas, los restregó para introducirlos de nuevo en el recipiente anterior, el cual había llenado con agua limpia tras tirar la otra al wáter atravesando todo el patio ,después secó los cubiertos y la loza y los coloco en estanterías debajo de la encimera, para terminar fregó la mesa el poyete y el suelo de la cocina hasta la última baldosa, yo desde la puerta, hasta donde me había ido retirando a impulsos de sus ansias de limpieza, la miraba asombrada , no entendía como un ser tan insignificante que no llegaba a tener mi altura, yo solo tenía once años, de brazos semejantes a los alambres que utilizaba para mis manualidades en el cole, era capaz de tener tanta energía. Salí de mi abstracción cuando noté su voz irritada.

- Estás en babia, espero que hayas prestado atención esto lo harás todos los días, no pienso repetirte las cosas.

Asentí. Desde la sala se escuchó la voz de mi abuela María.

- Niña ven aquí.

Sin saber a quién acudir, me quedé allí plantada esperando los acontecimientos. El leve nerviosismo que noté en mi carcelera y el empujón que me propinó, junto con algunos otros detalles que ya había observado me enseñaron la jerarquía de la casa, el poder lo ostentaba mi abuela, la tía Crisanta era su esclava, la adoración que le profesaba hacía que no discutiera sus órdenes. A quien no lograba colocar era a mi padre , aún estaba convencida que algo sobrenatural le habían hecho , un hechizo o una maldición, aun así era tratado como el señor, apenas le había oído pronunciar dos palabras en los escasos momentos que había estado a su lado, su madre lo miraba con la misma devoción con la que su hermana la miraba a ella.

Llegué a su lado con la cabeza baja, ya me había dado cuenta que eso la complacía, me puso en las manos una biblia , indicándome una silla de madera de respaldar altísimo y dura como una piedra. Me susurró, supongo que para no despertar a mi padre que dormitaba en un sillón bastante viejo pero de aspecto cómodo.

- Lee, debes aprenderte la palabra de Dios letra por letra, esa es la única lectura que una mujer decente debe permitirse.

Me senté y simulé que leía, pero mis cinco sentidos estaban puestos en los ruidos de mí alrededor, el gruñir de la mecedora en la cocina , donde imaginé que la vieja debía estar descansando, el suave ronquido de mi padre a mi derecha , la respiración de mi abuela , intenté ir más allá por si era capaz de percibir alguna señal de mi madre , me sentí culpable , en mi afán por sobrevivir en este infierno la había dejado a un lado, prometí que la salvaría algún día ,si es que aún era posible.

El ruido sordo que note frente a mí me tranquilizo, mi abuela se había dormido, despacio, temiendo que fuese una treta para pillarme, fui levantando la cabeza de la lectura, miré a mi alrededor, no había tenido tiempo de ver el lugar donde me encontraba. Era una sala bastante amplia, rectangular, un ventanal daba al patio interior y junto a él una puerta de hierro verde con cristales de color rojo y amarillo , en la misma pared , al fondo , se abría la puerta que daba a la pequeña cocina. Estaba profusamente amueblada, la presidía una gran mesa de madera con patas artísticamente labradas, que lo mismo servía para comer que para colocar a un muerto, seis sillas la circundaban, sobre las cuales descansaban sendos paños de croché idénticos, aunque de menor tamaño, al que descansaba sobre la mesa, un horrible jarrón blanco cuya decoración había vivido tiempos mejores daba paso, a un cenicero con forma de cabeza de león, al menos eso me pareció. Al otro extremo se encontraba la gran chimenea, con su frontal de mármol en cuya repisa se encontraban en miniatura todos los animales de la creación, apretados tal como seguramente irían en el arca de Noé, aún no había sido encendida

pero por su tamaño debía calentar toda la casa, junto a ella dos sillones orejeros, con grandes flores amarilla sobre un fondo verde, donde dormían mi padre y mi abuela, una vitrina con dos puertas de cristal y varios cajones en la parte inferior, dentro de ella se podían observar, copas de cristal y un juego de café con un decorado de guirnalda rosas, completaba el conjunto, dos sillas colocadas de forma absurda frente a los sillones como si en ella colocaran a los reos para interrogarlos, material de tortura debía ser porque solo llevaba un rato sentada en una de ellas y ya notaba fuertes dolores en la espalda, aun así permaneció muy quieta viendo como las horas pasaban en el pequeño reloj de madera colgado en la pared.

A mi derecha, me entretuve contemplando un inmenso retrato, junto a él había otro que parecía aún más diminuto, en el que aparecía una mujer joven que a pesar de ser hermosa, su expresión dura y sus ropajes negros, producía escalofríos. A su lado un hombre de mirada triste, daba la impresión de hallarse a millones de kilómetros del lugar.

Cuando la azafata puso su mano en mi hombro y con voz dulce me trajo de vuelta al presente, un suspiro de alivio hizo que la joven me preguntase preocupada.

- ¿Se encuentra bien?, aterrizaremos en unos minutos, abróchese el cinturón por favor.
- Estoy bien, gracias.

Con nerviosismo mal disimulado, me dispuse a seguir sus recomendaciones, la cara de preocupación de la mujer me hizo pensar que mi aspecto no debía ser nada tranquilizador. Tomé la decisión de dejar el pasado de momento y centrarme en mi viaje, miré a mi alrededor, el avión estaba casi desierto, los escasos ocupantes se afanaban en obedecer las instrucciones de la voz monótona de la tripulación.

Ya en tierra saqué del bolso la dirección del hotel donde tenía reserva, no era el mismo que ocupaba mi madre yo misma le había dado órdenes precisas a mi secretaria, deseaba retrasar mi encuentro con ella lo más posible, por esa razón había concertado nuestro encuentro para el día siguiente. A primera hora la recogería en la puerta de su hotel. Había alquilado un todoterreno con conductor para que me recogiese y nos trasladase al pueblo, estaba dispuesta a regresar esa misma noche al hotel, mi vuelo salía dos días después y no tenía ninguna intención de retrasarlo.

Sentada en el taxi tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no volver a sucumbir a mis recuerdos, intenté prestar atención a la conversación del taxista, un hombre que hacía tiempo que había dejado su juventud atrás, me repetía por enésima vez la suerte que había tenido de encontrar

transporte, por lo visto se jugaba un partido de rivalidad regional y la ciudad estaba abarrotada, con una sonrisa que pretendía ser amable, asentí.

Me preguntó si los visitaba por primera vez, le mentí, le dije que jamás había estado allí, el hombre, solícito, me informó de los lugares más pintorescos que debía visitar, cuando nos despedimos, en la puerta del hotel, casi éramos amigos.

Sin darme cuenta me encontré en la habitación, una estancia amplia con una cama grande de aspecto muy confortable, el escritorio perfectamente equipado era en realidad lo que más utilizaba en mis continuos viajes de trabajo, este por desgracia no era uno de ellos. Miré a través de los cristales de la puerta que daba al inmenso balcón, donde una pequeña mesa de forja blanca con cuatro sillones esperaba paciente la primavera para recibir a sus inquilinos.

Había comenzado a llover, las gotas caían monótonas sobre la calle desierta, mis pensamientos volaron a aquel día, el primero de mi libertad condicional, cuando mi abuela me puso en la mano la biblia que llevaba leyendo toda la semana, me entregó un viejo paraguas negro, color favorito de aquella casa, y me mandó sola calle arriba en dirección a la iglesia.

CANDELARIA

- Si doña Candelaria me da una sola queja de ti, no volverás a salir de esta casa.

Temblé, bajé la cabeza asintiendo, sabía que era eso lo que ella esperaba, la tía Crisanta refunfuñaba al fondo de la sala, no estaba de acuerdo pero jamás se enfrentaría abiertamente a su hermana, yo había fregado los platos, de rodillas sobre el pasillo de piedra limpié los laterales de pintura roja, mis preciosos pantalones vaqueros que tanto me gustaban acabaron con graves laceraciones al igual que mis rodillas , no sé qué me dolió más. Cuando salí del cuarto de baño brillaba, había restregado con lejía, entre arcadas, todos y cada uno de los rincones.

Mi último tormento, convertir en verdaderos espejos los platos de metal que cubrían las paredes del pasillo, el bote que me entregó junto a un paño blanco, desprendía un fuerte olor que me hacía llorar, estoy segura que esa casa jamás estuvo tan limpia .Realicé todas las tareas a pesar de

mis manos sangrantes, mis rodillas destrozadas y mis ojos rojos como tomates maduros, mi carcelera sentada en la mecedora de la cocina me vigilaba , una sonrisa cruel distendía su boca , para ella nuestra llegada era una bendición, le había liberado de casi todo el trabajo ya solo se ocupaba de hacer la comida. Pero yo tenía una idea fija en mi cabeza, debía ganarme su confianza, solo así lograría mis dos objetivos, saber dónde estaba mi madre y huir juntas de ese maldito lugar, no podía esperar ayuda de nadie, mi padre ni me veía, permanecía casi todo el día fuera y cuando estaba en casa mi abuela estaba pendiente de sus más mínimos deseos, no se apartaba ni un minuto de él. Intenté averiguar cuál era su dormitorio pero se sentaba a fumar en pipa , yo jamás le había visto hacer eso ,durante mucho rato , a mí después de recoger la cocina Crisanta me obligaba a dar las buenas noches y me encerraba en mi habitación, ya no echaba la llave, pero el miedo era el mejor cerrojo.

Abrí el paraguas, subí la calle a trompicones empujada por las pequeñas ráfagas de viento que se introducían en su interior, por muy horribles que fueran di las gracia por tener puestas las botas de suela de goma, con mis zapatitos de charol ya me habría matado, tan concentrada estaba en no resbalar que sin darme cuenta me encontré en la puerta de la iglesia, estaba cerrada, las lágrimas recorrían mis mejillas , la desesperación me invadió , no podía volver sin haberles obedecido estaba segura que aunque no era culpa mía se ensañarían y volverían a encerrarme, no me había cruzado con nadie en todo el trayecto , la lluvia y el frio habían encerrado , esa tarde de domingo , a la gente en sus casas.

El cielo se iluminó ,un estruendo ensordecedor hizo temblar el edificio, me acurruque contra la enorme puerta, le tenía cariño al grandioso castillo ,la visita que realizaba, acompañando a mi padre y a las brujas era lo único que me daba noción del tiempo, el único momento en el que aunque fuese de refilón conseguía ver a otros seres humanos. No nos parábamos con nadie, solo leves saludos de compromiso , el único que mi abuela consideraba digno de recibir su atención era el párroco, que nos recibía en la puerta con una sonrisa ladina y tras algunos cumplidos nos acompañaba al interior ,donde no más de veinte personas esperaban , jamás había visto a ningún niño por tanto supuse que era la única de mi edad que vivía allí.

Pasados unos minutos me armé de valor y comencé a recorrer el exterior de la iglesia intentando encontrar una puerta que me permitiese entrar. Logré mi objetivo, una ventana por su pequeño tamaño estaba entreabierta, supuse que no cerraría bien y el viento la había abierto. Debía haber llamado, pero no sé si por miedo a que no quisiesen dejarme entrar o por curiosidad de ver el interior del soberbio edificio sin la vigilancia de las brujas, me introduje. Estaba en un lateral cerca del altar atravesando los bancos cuando vi luz en la pequeña puerta situada al lado derecho, era la sacristía desde donde salía el sacerdote al comenzar la misa, pensé que quizás su hermana estuviese allí, muy decidida camine

sin hacer ruido cuando estaba a punto de empujar la puerta unos extraños ruidos me frenaron , quizás debí volverme pero mi curiosidad pudo más que mi sentido común , introduje la cabeza por la rendija de la puerta , lo que vi me dejó aterrorizada.

El anciano estaba sentado sobre una silla, tenía la sotana subida, se veían unas piernas como palillos de dientes que temblaban compulsivamente, sobre él una mujer se movía rítmicamente, pero fueron, su cara más roja de lo habitual, el sudor que cubría su rostro y los extraños quejidos que salían de su boca los que me convencieron, lo estaban asesinando y yo no podía hacer nada, entonces abrió los ojos y clavó su mirada en la mía el espanto que reflejaba me terminó de convencer, sin poder evitarlo corrí , bajé las escaleras del altar de dos en dos y cuando ya había llegado al final del pasillo choqué literalmente con un muro ,casi caí hacia atrás revotada.

- ¿Hacia dónde vas?

Levanté la vista, era la mujer más gorda que había visto nunca, la cubría una túnica morada ajustada a su cintura con un cinturón dorado que apenas era capaz de rodear su cintura, pensé contarle lo que había visto pero quizás fuese su cómplice y yo el único testigo del crimen, si habían matado a un sacerdote, no dudarían en matar a alguien tan insignificante como yo, nadie se preocuparía de mi muerte, bajé la cabeza si saber a qué atenerme.

- Mírame niña.

Su voz era dulce, pero así hablaban los malos a sus víctimas para confiarlas. Levanté la vista, su cara era redonda, con las mejillas coloradas, sus ojos de un azul pálido reflejaban dulzura, su pelo rubio ceniza, con infinidad de canas, se recogía en un moño del que se habían escapado multitud de cabellos lo que le daba un aspecto de desaliño, parecía inofensiva pero yo no estaba dispuesta a confiarme, con un susurro conteste.

- Soy María.

La mujer contestó enojada.

- Cómo ha podido mandarte con esta tormenta, esa mujer es imposible, no te esperaba. Estas asustada los truenos son una cosa terrible, no me extraña que estés temblando, a mí tampoco me gustan, acompáñame te prepararé una taza de leche caliente eso hará que te tranquilices.

Quería decirle que no, que volvería a mi casa, que nunca contaría nada de lo que había visto, pero sin pronunciar palabra me dejé arrastrar hasta el

fondo del pasillo.

Una cortina roja cubría una puerta tras la que se ocultaba una sala de forma cuadrada, en la pared frontal se abría una chimenea, en ella un alegre fuego bailaba una hermosa danza, me levantó como si fuese una pluma y me depositó en una silla cerca del fuego, mientras se perdía en una puerta lateral pude escuchar su último comentario.

- Seguro que la seña María aún no ha encendido el fuego, esa mujer será la más rica del cementerio algún día.

Me dediqué a observar la habitación mientras esperaba su vuelta, no podía huir, me cogería antes de salir, además no me sentía en peligro y por una vez estaba dispuesta a hacerle caso a mi instinto.

Las paredes estaban tapizadas de un papel de flores, los visillos de un rosa claro dejaban pasar los últimos vestigios de claridad que entraba por la ventana abierta, mientras la fuerte lluvia producía un ruido sordo al chocar con los cristales, una mesa redonda con una ropa de camilla de un tono parecido al de los visillos sobre ella un tapete que guardaba cierta similitud con el papel que tapizaba las paredes, presidía la estancia, completaba la decoración dos sillones en tonos alegres, sobre las paredes multitud de cuadros de flores y pájaros se apiñaban sin orden ni concierto,.

La mujer regresó con una taza humeante y un plato de galletas, hacía siglos, desde que salí de mi casa, que no había vuelto a comerlas, en casa de mi abuela solo se desayunaba y merendaba pan, como mucho en ocasiones llevaba una leve capa de mantequilla.

A pesar de lo terrible de la situación disfruté todos y cada uno de los bocados mientras la señora Candelaria, como me informó que debía llamarla, me explicaba que estaba encargada de darme a conocer la palabra de Dios, pensé decirle que ya había hecho la comunión, pero decidí que me convenía más callar y esperar acontecimientos. A ratos me centraba en mis pensamientos y dejaba de oír su perorata, sus últimas palabras captaron mi atención.

- Anastasio tiene que venir a traerme leña, te acercará en su furgoneta, aunque vives cerca es ya de noche y está lloviendo mucho.

Me sentía bien allí, a lo largo de los años siguientes se convirtió en el único lugar donde podía relajarme y esta mujer en mi única amiga.

Era muy tarde, comencé a ponerme nerviosa, no sabía cómo se tomarían las brujas mi retraso, la buena mujer debió notar mi desasosiego, me acarició el pelo mientras intentaba tranquilizarme, agradecí aquella caricia, era el primer gesto de ternura que recibía desde que había llegado

a aquel maldito pueblo.

- No te lo están poniendo fácil, conozco a las dos, sé que vivir en esa casa no debe ser plato de gusto y por lo que he podido observar tu padre no debe ser de mucha ayuda. La señora María vio con muy malos ojos la boda de tus padres y les hizo la vida imposible, el pobre Matías, casi echó a su hijo de casa para salvarlos del control de su madre, nunca debió volver, ahora ha vuelto a manipularlo y esta vez no creo que suelte a su presa.

La mujer hablaba para sí misma, el gesto de preocupación que reflejaba su rostro me inquietó, pero en ese momento sus palabras no tenían mucho sentido para mí, mis preocupaciones eran otras, miraba por la ventana y mis ojos se perdían en la oscuridad de la noche, estaba segura que me harían pagar por esta hermosa tarde.

Un fuerte portazo y el vozarrón que lo siguió me hicieron temblar, cuando el hombre entró en la sala lo reconocí al instante, aún sin haberle visto la cara antes, la joroba y la bola redonda que estaba sentada sobre su cuello haciendo equilibrio, lo delataban, me encogí en la silla sin poder apartar mis ojos de su cara, dos bolitas negras puestas a ambos lados de una nariz puntiaguda, excesivamente grande para el espacio que ocupaba, parecían ir a salir rodando de allí de un momento a otro, su boca, carente de labios, estaba ocupada por dos dientes amarillos uno frente al otro, dudo mucho tuvieran alguna utilidad, parecía un gnomo sacado de un cuento, así me había imaginado yo a Rumpelstiltskin. Cuando se dirigió impaciente a mi anfitriona, casi doy un respingo, la potente voz que había escuchado instantes antes saliendo de aquel ser tan ridículo daba miedo.

- La leña está fuera, ya la he colocado, me voy volando la tormenta arrecia y no se ve nada.

- No tan deprisa, tienes una pasajera, es la nieta de la señora María, quiero que la dejes de camino en su casa.

El hombre fijo su vista en mí analizándome, distendió su boca en lo que quería ser una sonrisa.

- Ya nos conocemos, los traje a los tres hace unos días. Pobre criatura no sabe dónde se ha metido, no entiendo como Marcos ha sido capaz de volver de nuevo al infierno, traer a su hija, y a la pobre Juana sabiendo como la bruja la odia.

- Recoge tu lengua, asustaras a la niña.

Volvió su cara y con la voz más dulce que fue capaz de entonar se dirigió

a mí

- Acompáñalo y no le hagas caso, aunque lo veas con ese aspecto es un buen cristiano.

Anastasio soltó una fuerte carcajada, cogiéndome de la mano me arrastró hacia la calle mientras le contestaba sin dejar de reírse.

- Díselo a tu hermano que me sermonea cada vez que me ve, se ha empeñado en traerme a la iglesia, menudo despropósito, como si tuviera tiempo para perderlo escuchando tonterías.

Entre risa la señora Candelaria le contestó, pero el ruido de la lluvia que ya caía sobre mí solo me dejó escuchar sus primeras palabras.

- No blasfemes

Temblando más de miedo que de frío, me encaramé al asiento al lado del conductor siguiendo la indicación del hombre, me pegué a la puerta todo lo que pude, él me miró de reojo mientras ponía el coche en marcha, cuando me habló a pesar de su voz ronca, noté sincera preocupación y procuró darle un tono amable.

- ¿No te habrán hecho nada esas dos brujas? Considérame tu amigo si algún día me necesitas te ayudaré ,¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza, más para complacerlo que porque tuviese ninguna intención de pedir ayuda a aquel ser tan peculiar.

En unos instantes estaba en la puerta de la casa. Sin siquiera darle las gracias salté del coche y me introduje en el pasillo, la luz de la sala y el olor a comida me informaron que la familia había empezado a cenar. Despacio, como el reo que se encamina al cadalso, me fui acercando, la voz irritada de mi abuela me hizo acelerar el paso

- Niña que es para hoy

Los tres comían, en el lugar que yo solía ocupar no había nada, fijé la vista en el suelo esperando mi condena, de reojo vi la mirada de mi padre perdida, como si se encontrara a millones de kilómetros de allí, estaba claro que de él no podía esperar ninguna ayuda

- Eres una desconsiderada, ¿son horas de llegar a una casa decente?

Intenté contarle lo ocurrido, pero estaba claro que ya sin juicio y sin defensa estaba condenada, no le interesaba lo más mínimo lo que yo

pudiera decir.

- Eres como tu madre, yo te enseñaré. Vete a tu cuarto sin cenar.

No pude evitar mirar a la tía Crisanta, con la boca abierta intentaba protestar, ella rápidamente al igual que yo, se había dado cuenta de la trascendencia del castigo, me di la vuelta casi corriendo, antes de que se arrepintiera, con una sonrisa de oreja a oreja me tiré en la cama sin poderme creer la suerte que había tenido.

Esa noche no sería yo quien fregara los platos ni quien recogiera la mesa mientras la vieja bruja me miraba meciéndose frente al fuego y mi estómago repleto de galletas, estaba totalmente satisfecho, lo que parecía un castigo, para mí era un regalo.

Recordé de pronto la escena que había presenciado en la vicaría, con tantos acontecimientos lo había olvidado, cómo era posible que hubiese presenciado un crimen y durante horas lo hubiese borrado de mi cabeza, posiblemente esa señora tan amable fuese cómplice de un asesinato. Medité con cuidado lo ocurrido, no era posible que me viesan, ya que tan solo el finado estaba frente a mí, estaba claro que él no podría decir nada nunca más, me tranquilicé, si supiesen que había visto lo ocurrido ya estaría muerta, también había la posibilidad que la hermana del cura no estuviese implicada. Un terror profundo me invadió, estaba en peligro, sola allí arriba, aislada con la asesina, de todas formas no podía hacer nada, era totalmente incapaz de contarle la historia a las dos brujas, no me creerían y lo único que conseguiría era ponerme en peligro. No paraba de darle vueltas, decidí que lo mejor sería esperar acontecimientos, rece y le pedí perdón al señor por mi cobardía.

Sin saber porque recordé a mi madre, ahora estaba segura que se había marchado, la odie por huir y dejarme.

Los días siguientes espí las conversaciones de mis carceleras para ver si hablaban de los acontecimientos que había presenciado el domingo, estaba segura que más pronto que tarde echarían de menos al párroco, pero nada sucedió, las horas pasaban monótonas mientras fuera no dejaba de llover. Días después cuando ya había abandonado mi acecho, estaba a punto de acostarme cuando me di cuenta que el vaso de agua que habitualmente dejaba lleno por si tenía sed durante la noche, permanecía vacío, antes de poner la mesa para la cena solía llevarlo para después no tener que salir y cruzar la sala donde permanecían durante un rato hablando. Me senté pacientemente en la cama, agudicé el oído, no estaba dispuesta a salir hasta que todo el mundo estuviese acostado. No tardó mucho en quedar la casa en silencio, abrí la puerta despacio procurando no hacer ruido, ya hacía algún tiempo que no me encerraban de noche, estaban seguras que mi miedo era tal que no me atrevería a salir. Recorrí el pasillo con los cinco sentidos puestos en los sonidos de mí

alrededor. sabía que si me pillaban no lo pasaría bien. en el silencio de la noche un leve gemido procedente del cuarto que siempre permanecía cerrado, me dejó paralizada, era apenas audible. sin poder evitarlo pegué la oreja a la puerta para intentar escuchar mejor, ahora si percibí con nitidez unos sollozos, alguien lloraba allí dentro, intente abrir , moví con desesperación la manilla pero habían echado la llave , una sensación de angustia recorrió mi cuerpo. era mi madre, estaba segura que era ella, no se había marchado la tenían prisionera. la llamé con un susurro y volví a pegar el oído , ya no se escuchaba nada , las lágrimas salían si control de mis ojos tuve que taparme la boca para ahogar un sollozo, desanduve el camino y me tire en la cama con la boca pegada a la almohada lloré durante toda la noche.

Al día siguiente un fuerte dolor de cabeza me impedía abrir los ojos , los tenía rojos e hinchados y aunque intenté levantarme para hacer mis tareas me fue imposible, el cuarto me daba vueltas y unas ganas terribles de vomitar me invadían, sabía que Crisanta no tardaría en venir en mi busca, yo era lo mejor que le había pasado, desde mi llegada no daba un palo al agua, su único trabajo era martirizarme. no me equivoqué, tan solo unos minutos después de escuchar cómo las campanadas de la iglesia tocaban para la misa de siete

- Perezosa, no creerás que te voy a traer el desayuno a la cama, la señoritinga se nos ha vuelto finolis.

No me moví, no por molestarla sino porque no era capaz, me arrancó la ropa y tirando de mi brazo me levantó, el movimiento brusco hizo que mi vista se nublara, comencé a vomitar sin poderlo evitar, me soltó bruscamente, caí de bruces en la cama sobre mi propio vómito, tuve que rodar un poco hasta quedar ligeramente de lado para no ahogarme, no recuerdo nada más, debí perder el conocimiento. Cuando desperté estaba en mi cama con las sabanas limpias y mi padre sentado en una silla me miraba preocupado, era la primera vez desde que estábamos allí que su rostro reflejaba alguna emoción.

-¿Te encuentras mejor?

No me dio tiempo a contestar, detrás de él la voz de la tía Crisanta chilló.

-No le pasa nada, solo quiere llamar la atención, tendría que limpiar todo lo que ha ensuciado.

Se levantó con tanta brusquedad que tiró la silla donde se sentaba.

-Cállate bruja, nunca debí venir.

Yo me encogí en la cama mientras lo vi salir de mi cuarto, la expresión de odio en la cara de la mujer me asustó, salió tras de él gritando y

gesticulando, me quedé sola esperando que volviese y me cogiese en sus brazos para sacarme de allí, fue en vano.

no sé cómo pero debí volver a quedarme dormida, cuando desperté de nuevo ya había oscurecido, el estómago me dolía pero el dolor de cabeza había cedido, me incorporé, sobre la mesita de noche alguien había depositado una bandeja con un vaso de leche y una hogaza de pan ,comí despacio, en estas estaba cuando la puerta se abrió y apareció mi abuela, el corazón comenzó a latirme a mil por hora, la miré con desesperación, su voz sonó dura.

- Descansa, mañana te incorporarás a tus tareas.

Salió cerrando por primera vez después de muchos días la puerta con llave, las lágrimas comenzaron a salir, me las restregué con rabia, no volvería a ser débil, si quería salir de allí y salvar a mi madre, porque estaba segura que era ella quien estaba encerrada en aquel cuarto, debía actuar con inteligencia. apagué la luz y comencé a fraguar mi plan.

A la mañana siguiente me sentía débil pero me levanté la primera, preparé el desayuno, encendí las dos chimeneas tal como me habían enseñado un par de días antes. mi padre dejaba la leña antes de acostarse un montoncito en la cocina y otro en el salón, yo barría la ceniza, la colocaba formando una pirámide y le echaba la gasolina que guardaban en una botella debajo del fregadero, prendía una cerilla y en pocos instantes el fuego se avivaba con grandes llamaradas. Lo más pesado era colocar el enorme tronco, como no podía con él tenía que arrastrarlo, que sustentaría la candela durante casi todo el día.

Estaba retirando el humeante café de la hornilla cuando sentí pasos tras de mí, era mi padre, sin dirigirme la palabra se sirvió una taza de café y salió de la cocina precipitadamente como si mi presencia le molestara, seguí con mi tarea sin permitirme ningún sentimiento .Aquella noche había muerto María una niña de once años y había nacido una mujer dispuesta a todo para sobrevivir.

Mientras cenábamos solté la bomba no reconocí mi propia voz, no había miedo en ella y si una gran determinación.

- Quiero ver a mi madre, sé que está aquí en el cuarto que está cerrado.

Ni un terremoto hubiese causado el efecto devastador que tuvieron mis palabras. Se miraron durante unos segundos, mi abuela y mi tía desconcertadas más por mi tono que por mi petición, mi padre no levantó la mirada del plato de sopa, la primera en contestar fue Crisanta pero no

pudo terminar la frase que había comenzado.

- Estás loca.

La voz del hombre la cortó.

- Llévala a que vea a su madre.

Con la cabeza bien alta, yo espiaba las reacciones de todos y cada uno de los comensales, así pude descubrir el gesto de asentimiento de mi abuela dirigido a su hermana, esta se levantó y de mala gana me indicó que la siguiese.

Creí que llegado el momento me temblarían las piernas, pero mi serenidad me sorprendió a mí la primera, tan desconcertada estaba mi carcelera que noté que temblaba su voz cuando intentó explicarme la situación, miedo eso reflejaba su voz, por primera vez se cambiaban los papeles.

- Está enferma, mi hermana y yo la hemos estado cuidando.

Cuando entré en el cuarto un fuerte olor a orina me frenó, dudé unos instantes pero enseguida me repuse, me aproximé decidida hacia la cama mientras ella permanecía en la puerta sin moverse, una pequeña lamparita, en forma de vela, estaba encendida.

Cuando llegué a la altura de la cabecera miré la cara de mi madre, hasta ese momento lo había evitado, estaba muy delgada, pálida y con grandes ojeras moradas, por un momento me recordó el cadáver que vi el día que llegué, no pude evitar un escalofrío, acerqué mi boca a su oído y le susurré.

- Mamá, ¿me escuchas?, por favor mamá dime algo.

Abrió los ojos, su expresión vacía me dio miedo, no pareció conocerme, no podía imaginar que le habían hecho para dejarla en ese estado, un odio profundo anidó en mi alma y fue el motor de mis actos durante mucho tiempo. me volví hacia la mujer que permanecía parada en la puerta, debió notar tal resentimiento en mi voz que tembló.

- A partir de ahora solo yo la cuidaré, si alguien más se acerca a ella se lo diré a la señora Candelaria, le diré que le habéis hecho daño.

No sé cómo se me ocurrió decir eso, pero asustó a Crisanta, vaciló, y para ocultar el miedo que yo había detectado ya en su voz, mientras se alejaba gritó.

- Menos trabajo para mí ya estaba harta de quitarle las porquerías.

Permanecí un buen rato acariciándole el pelo susurrándole palabras cariñosas hasta que la respiración agitada se fue tornando más lenta y la crispación de su rostro fue dejando paso a una expresión de paz.

Recogí el orinal y me dirigí a vaciarlo, en la sala no había nadie, ni tampoco en la cocina, pero las luces permanecían encendidas, volví despacio al cuarto y me metí entre las sabanas junto a mi madre, la noté temblar y la abracé fuerte, necesitaba su calor, dios mío cuanto la necesitaba. Prometí no dormirme y vigilar su sueño, pero estaba tan cansada.

A la mañana siguiente, me desperté antes del amanecer, mi madre dormía tranquila, me levanté y tras asearme en un cuarto de baño helado y con un agua aún más fría, me dispuse a comenzar mis tareas.

Mientras hacia el café calenté agua en el quemador que quedaba libre, me dirigía la estancia contigua, una puerta al final del pasillo junto al arco que daba paso a la sala, oculta por las cortinas verde oscuro, casi negras, que hacían de puerta de separación, estaba el armario de la ropa de casa, allí guardaba entre bolas de naftalina mi abuela los manteles, las sabanas, las mantas y las toallas, nunca lo había abierto a pesar de ser yo quien las cambiaba.

En aquella casa todo era viejo y la ropa de casa no era una excepción, los remiendos eran frecuentes, esa tarea y la lectura repetida de la biblia eran la única ocupación de mi abuela.

En la mano llevaba la llave de la pequeña puerta, la había cogido del cajón de la mesa de la cocina donde Crisanta la guardaba, cuando la abrí tuve que ahogar una exclamación de sorpresa, a un lado se almacenaban los juegos de sabanas que usábamos habitualmente, a la derecha, la ropa más hermosa que yo había visto nunca, cogí una funda de almohada, estaba rematada con un encaje finamente labrado y en el centro un delicado bordado en azul representaba un bonito ramo de rosas, el tacto era suave y desprendía un agradable aroma a flores de lavanda, sabía que no debía hacerlo pero la cogí.

después arrastré una silla y me aupé a ella para alcanzar la balda superior donde estaban las mantas , agarré una rosa palo con grandes pájaros de vivos colores, pensé que me costaría bajarla pero a pesar de su tamaño apenas pesaba, que diferencia con la que yo tenía que me dejaba clavada a la cama sin poder moverme.

Cerré la puerta y llevé mi preciado tesoro a la habitación de mi madre, entré con cuidado, ella aun dormía. después introduje la llave en el cajón, preparé una bandeja, puse la Carmela al fuego y sobre ella una rodaja de

pan que tosté por ambas caras, serví un tazón de café con leche, unté la tostada con generosidad con la manteca amarilla que guardaban en la alacena, eché el agua que había calentado en una palangana de porcelana blanca ,que encontré en la parte más baja del armario de la ropa, y poco a poco fui trasladándolo todo al cuarto donde mi madre no se había despertado.

me asusté, aunque había puesto mucho cuidado, el ruido era inevitable , me acerqué pero su respiración era pausada y tranquila. Abrí las hojas de madera de la ventana y las primeras luces del amanecer entraron dándole un aspecto algo siniestro a la estancia, fuera una fina lluvia caía formando ríos de lágrimas en el cristal, por unos segundos el desamparo me invadió, sacudí la cabeza, ni yo ni mi madre sobreviviríamos si no era fuerte e inteligente, más que ellas.

Sacudí a aquel montón de piel y huesos, una sombra de la hermosa mujer que yo recordaba no mucho tiempo atrás, me miró y un llanto silencioso y triste llamó a sus ojos, hice verdaderos esfuerzos para no acompañarla.

- Mamá tienes que incorporarte un poco y comer algo, ayúdame sola no puedo por favor.

Puse tal desesperación en mi voz que la pobre levantó los brazos, agarrándose a los hierros de la cabecera se izó, mientras gruesas gotas de sudor perlaban su frente , jadeaba , le puse la almohada doblada en la espalda y esperé unos minutos a que se tranquilizara. tomó un sorbo de café con leche e intenté que masticara un pequeño trozo de pan, fue inútil, no tenía fuerzas , cada movimiento de su mandíbula era agotador, migué la tostada , fui dándosela muy despacio, ya casi se lo había comido todo cuando cerró la boca y negó con la cabeza, vi la angustia que reflejaban sus ojos, comprendí que quería complacerme pero ya no le era posible , sonreí para tranquilizarla,

- Lo has hecho muy bien, pronto estarás recuperada. Tengo que, más tarde volveré.

Intenté ayudarla a tenderse pero no quiso, miré la palangana y todas las cosas de aseo que había traído, después de reojo su rostro manchado de sudor, sus sabanas sucias y su pelo enmarañado, suspiré, ahora era imposible asearla si lo hiciese seguro que vomitaría, además su respiración era agitada no podía someterla a ese esfuerzo, cuando terminase mis tareas volvería y terminaría de atenderla.

Cuando entré en la cocina Crisanta estaba sentada en la mecedora tomándose un café, no había encendido las dos chimeneas, la casa estaba helada, no pareció percatarse de ello, estaba segura que era por mi forma de actuar la noche anterior, antes me habría dado una bofetada por mi

descuido, no tenté a mi suerte y me dispuse a realizar mi trabajo.

A media mañana crucé el patio bajo la fina lluvia y recogí el baño, tenía hambre, solo había desayunado las dos cucharadas que había dejado mi madre, pero con la bruja en la cocina me era imposible robar nada, ni siquiera pude comerme los restos de los desayunos. por desgracia para mí, precisamente ese día ella los había recogido, estoy segura que lo hizo porque sabía que no había probado bocado, por el mismo motivo no salió en toda la mañana de la cocina.

Resignada entré en el cuarto de mi madre, pensé que dormía pero nada más notar mi presencia abrió los ojos. había calentado agua en una lechera de lata bajo la atenta mirada de mi carcelera, una sonrisa maliciosa bailaba en su boca cuando a pesar de agarrarla con un paño note que la fina asa metálica, incandescente, me quemaba la mano, no grité, ni la solté, estaba segura que si la derramaba no permitiría que volviese a calentarla. Salí de la cocina sin darle la satisfacción de notar mi dolor.

Las lágrimas recorrieron su cara y las primeras palabras que escuche de sus labios fueron.

-Lo siento, no debí dejarle que te trajese aquí, yo sabía cómo eran y sin el control del pobre Matías...

Temblaba y su voz se perdió entre fuerte sollozos

-No llores mama, tú no tienes la culpa, pero saldremos de aquí te lo prometo

Puse en mis palabras una convicción que no poseía, ella me acaricio el rostro, cerré los ojos y disfruté el contacto de sus frías manos como si no existiese nada más, con un gran esfuerzo me alejé de ella .

Comencé a explicarle cada uno de los pasos de su aseo ,con la esperanza que me pudiese ayudar ,sabía que sola no podría moverla. vacié el agua caliente en la ya helada que estaba en la palangana, agarre un pico del paño mojándolo , y con suavidad lo pasé por su cara, ella cerró los ojos y se dejó hacer , le quité el camisón, tenía un fuerte olor a ácido, supuse que las manchas eran de vómito. me lie el paño en la mano cuando lo introduje en el agua templada un dolor intenso recorrió mi cuerpo , lo ignoré , unté jabón y fui recorriendo su cuerpo que temblaba , no pude evitar que las lágrimas acudieran a mis ojos era un manojo de huesos cubiertos de una piel arrugada, intenté lavarle entre las piernas pero su mano, acudiendo a la última gota de energía , agarró la mía , quitándome la improvisada manopla procedió a seguir con su" baño del gato" como me decía ella cuando me operé de amígdalas y tuve que permanecer unos días en casa. ella me aseó en la cama poco más o menos como yo lo hacía

ahora , no podía imaginar que solo meses después las tornas se cambiarían.

La obligué, con suavidad a tenderse y la ayudé a girarse hacia un lado, empujé la ropa sucia hacia ella y coloqué la limpia, después la hice volverse hacia el otro lado y tirando retiré unas y coloqué bien tirantes las otras, la cubrí con las hermosas sábanas, coloqué la suave manta, y cambié la funda de la almohada. Después la incorporé un poco, puse la toalla sobre sus hombros a modo de peinador y procedí a cortar su precioso pelo negro. había colocado a su alrededor una de la sábanas que le había quitado para evitar que se manchase la ropa limpia, en unos minutos su pelo solo medía escasos centímetros. le pasé el peine una y otra vez para deshacer los enredos que pudieran quedar, retiré todo sin atreverme a mirarla a la cara.

-Lo siento, no sabía que otra cosa hacer.

Yo recordaba lo orgullosa que ella estaba de su melena, como la cepillaba todas las noches una y otra vez mientras mi padre la miraba embelesado, sacudí la cabeza, aquellos tiempos habían pasado, y ya no volverían. Embozó una sonrisa por primera vez.

-Estoy mejor así, gracias.

Asentí, mientras ella se recostaba cerrando los ojos yo abrí ligeramente los cristales para permitir que entrase el frío aire de la calle. un olor a tierra mojada invadió la estancia, el monótono ruido de las gotas al caer me produjo una inmensa paz, la noté aspirar aquel aire renovado y sentí que teníamos una oportunidad.

Por la ventana abierta tiré el agua sucia a la calle, la cerré ante el temor de que las pequeñas ráfagas heladas que entraban pudiesen hacerle mal, cargué con todo lo que había traído y me dispuse a salir. me giré hacia la cama para despedirme pero por su respiración acompasada supe que dormía.

Atravesé la sala, mi abuela estaba junto al fuego leyendo, no levantó la cabeza pero estaba segura que me vigilaba de reojo. al entrar en la cocina no vi a Crisanta, eso me preocupó, temía que se acercase a mi madre, no tardé en disipar mis temores, entró desde el patio relatando, se frenó en seco cuando me vio, no tardó en reaccionar gritándome.

-Qué asco, quita esa porquería de mi vista, no quiero que me contagie sus miasmas.

No le contesté, no le tenía miedo, ya no, sus palabras habían dejado de preocuparme, pasé junto a ella con la cabeza alta desafiándola, me dirigí al pequeño cuartucho, de no más de dos metros cuadrados , donde se

guardaba la lavadora un artilugio ruidoso y saltarín, que daba más trabajo que lavar la ropa a mano. tenía que llenarlo de agua cubo a cubo , introducir el detergente , vaciar al patio el agua sucia , volverlo a llenar para enjuagar , repetir la operación y finalmente escurrir una a una todas las prendas .Tres cuerdas de nailon blanco , amarradas de una pared a otra hacían de tendederos, subida en un viejo taburete que amenazaba con deshacerse colgaba la ropa. gracias a dios en aquella casa no eran muy dados a cambiarse con frecuencia y las camas solo se mudaban cada quince días, por tanto mi trabajo era más llevadero .

Introduje mi carga y comencé el proceso, las brujas no habían visto la palangana de porcelana oculta entre la ropa sucia, tampoco creo que la echasen de menos colocada como estaba entre la ropa que no usaban nunca. me dispuse a esconderla, miré con desesperación a mi alrededor aquel sitio ofrecía muy pocas posibilidades, de pronto me di cuenta que la vasija de barro que ocupaba uno de los rincones podía ser mi salvación. recé para que sirviese a mis propósitos, estaba cubierta con una tapadera de corcho, sabía que estaba vacía porque fue lo primero que comprobé, el día que me enseñó el manejo de la lavadora, por suerte para mi cavia justo

Cuando entré en la cocina casi me sentía feliz, el olor a puchero, hizo que mi estómago rugiese en clara protesta, fui sacando los platos, los vasos y me dispuse a preparar una bandeja para mi madre, la vi llegar con el mantel en la mano, seguí su mirada que se clavó furibunda en el objeto de mis preparativos

-No te creas que yo voy a hacer tu trabajo, si quieres atender a tu mamaíta será en tu tiempo libre, aquí el pan se gana, te crearás tu qué vas a comer de la sopa boba

Ni siquiera me digné contestarle, arranqué el mantel de sus manos y me dirigí a poner la mesa. mientras realizaba mi tarea la escuchaba rezongar en voz baja, no sabía muy bien que temían pero estaba segura que algún poder , del que no era consciente ,poseía y me dispuse a sacar provecho de él.

Mir mi trabajo terminado, solo había colocado tres servicios, había decidido que jamás volvería a sentarme a su mesa sino era con mi madre a mi lado. era en realidad por necesidad más que por orgullo, si comía con ellos permanecería sentada a su mesa hasta que todos terminasen después Crisanta me obligaría a recoger la mesa y la cocina, imposible atender a mi madre, tenía que mantenerme firme en mi postura sucediese lo que sucediese. Me dirigí a la cocina cogí dos platos hondos y me puse delante de la bruja con los brazos extendidos

-Quiero la comida para mi madre y para mí, almorzaré y cenaré con ella

Jamás había visto a alguien tan enfadada, los ojos le echaban chispas y la barbilla le temblaba visiblemente, estoy segura que no lo pensó, su mano voló hacia mi cara con tal fuerza que cuando se encontraron el impacto me hizo perder el equilibrio, no era la primera vez que me pegaba, nunca así .

El dolor hizo que las lágrimas asomaran a mis ojos pero logré contenerlas, me mantuve firme, la cabeza alta los brazos tendidos con los dos platos bien agarrados, noté su desconcierto, por desgracia para mí se repuso enseguida , me agarró por los pelos y tiró de mí. casi a rastras me llevó hasta mi abuela que dormitaba frente a la chimenea, dudó unos segundos si despertarla , no fue necesario, la anciana abrió los ojos y depositó su mirada en mí , no pude evitar temblar , una cosa era enfrentarse a Crisanta y otra muy distinta hacerlo a mi abuela.

Me miró con los parpados ligeramente entornados mientras escuchaba la historia, bastante distorsionada, que le contaba su hermana, ni me atreví a contradecirla, esperé el castigo y recé para, como en otras ocasiones, el castigo a sus ojos fuese un regalo a los míos, no tuve suerte.

Se levantó muy despacio, descolgó una tabla de madera de la pared, no lograba entender para qué servía, era una vara alargada con una zona aplastada en el extremo, desde ese día aprendí a respetar y temer aquel utensilio con el cual me encontré con mucha frecuencia durante mi estancia en aquella casa. Me ordenó

-Suelta los platos y abre la mano izquierda con las palmas hacia arriba

La obedecí como una autómatas, desconcertada, sin saber que sucedería a continuación. El primer impacto me sorprendió, mirándola como estaba, no lo vi llegar, solté un grito de dolor. con el brazo en alto esperaba que volviese a ofrecerle mi mano, Crisanta tras ella distendía su boca desdentada en una sonrisa cruel. no sé de dónde saqué fuerzas, ahora ya sabía lo que me esperaba, la obedecí con la cabeza levantada y sin un gesto de dolor, hasta tres veces más se repitió la operación, después despacio colocando el material de tortura en su sitio, se volvió

-Puedes comer donde te plazca pero no descuidaras ninguna de tus tareas. Creo que te ha quedado claro que aquí mando yo

Asentí, no tenía madera de mártir y sufrir por sufrir me parecía una tontería, había logrado mi propósito, ella el suyo, reafirmaba su autoridad y se libraba de mi presencia en la mesa, en realidad jamás estuvo en su ánimo negarme mi petición

Regresé a la cocina con los platos en la mano derecha, la otra, pasado los primeros momentos de dolor, había comenzado a inflamarse y la tenía entumecida lo único que notaba era como si me clavasen miles de agujitas. Serví y coloqué en la bandeja los platos, el pan y dos vasos de agua, cuando hube terminado, la desesperación me invadió, jamás lograría transportarla tal como tenía la mano. suspiré y cogiéndola con la mano derecha la apoyé sobre mi brazo, así crucé la sala donde las dos mujeres discutían, llegué a la puerta del cuarto, con no poco esfuerzo logré abrir la puerta .

La estancia estaba bien iluminada a pesar de lo nublado del día, ojala no hubiese sido así, mi madre ahogó un grito llevándose las manos a la boca, mi aspecto debía ser deplorable, intentó levantarse, corrí hacia ella manteniendo la bandeja en equilibrio

-No por favor mamá, estoy bien

Ella sollozaba mientras repetía una y otra vez

-Mi niña, mi niña que te han hecho esas brujas

Yo a pesar de los fuertes dolores que sentía, intentaba animarla

-¿Sabes? Comeremos todos los días juntas, hoy he traído puchero, seguro que está muy bueno, la tía Crisanta será una bruja pero cocina bien

Se fue tranquilizando, comimos una frente a otra, yo apoyada en la cama, lo único que pude hacer fue sorber la sopa, la hinchazón de la cara no me permitía masticar bocado. Cuando terminamos me indicó con el dedo su maleta que permanecía abierta en un rincón del cuarto, de allí había cogido el camisón aquella mañana

-Tráeme la bolsita blanca que está entre la ropa

Rebusqué, no tardé en encontrar lo que me pedía. Esparció por la cama su contenido una pastilla de jabón Palmolive, una barrita de desodorante tulipán negro, su botecito de colonia myrurgia, siempre me había llamado la atención las dos bellas mujeres de la etiqueta, imaginaba que yo algún día sería como ellas, una cajita de aspirinas ,una polvera de porcelana decorada con minúsculas rosas, regalo de mi padre en su último cumpleaños, y por último lo que siempre me había atraído más a mí , la preciosa barra de labios rojo sangre escondida en su casa de oro finamente labrada que brillaba y captaba mi atención desde que era muy pequeña cuando mi madre se retocaba. no solía pintarse , solo los domingos cuando salíamos a pasear con mi padre se daba un ligero toque en las mejillas con la misma barra con la que después se pintaba los labios , mi padre se reía , al frotarse las mejillas para extenderse el color

se le ponían muy coloradas , él decía que se podía evitar el aderezo .

Sacudí la cabeza no quería recordar, me centré en el presente, mi madre me tendía una pastilla

-Te aliviará el dolor.

Me la tomé e intenté restarle importancia a mi estado

-Te pintaré un poco, estarás guapísima

Asintió más por complacerme que por coquetería, cuando terminé mi obra y tras ponerle unas gotas de colonia en las muñecas, me alejé un poco y sonreí, seguía estando pálida y demacrada pero su aspecto había mejorado mucho, tenía color en las mejillas y su hermosa boca de un rojo brillante parecía transmitir vida. Mirándola, sentada en la cama entre las flores que decoraban las finísimas sábanas, con una dulce sonrisa, deseé permanecer allí toda la vida, morir y que las dos nos fuéramos al cielo lejos de todos.

Unos golpes en la puerta me devolvieron a la realidad, era Crisanta que reclamaba a su esclava.

-No pensarás estar todo el día mano sobre mano, sal y haz tu trabajo

Debí poner tal expresión de desafío, que mi madre con un tono de súplica me pidió

-Por favor no les des motivo para que te castiguen

Sonreí, sin contestar cogí como pude la bandeja y salí del cuarto. la bruja ya no estaba allí, pero si la mesa puesta en la sala y la cocina hecha una pocilga, creo que lo hacía a propósito, ensuciaba cada día más cacharros para hacerme trabajar más. mi abuela y mi padre dormitaban frente a la chimenea, si me sintieron ambos me ignoraron, la tía Crisanta entró procedente del patio, con una sonrisa irónica en su boca se sentó en su mecedora para supervisar mis tareas, a mí me daba igual mi, ilusión era terminar para volver junto a mi madre. Ni el dolor de mi mano, ni el de mi cara me frenaban, en un tiempo record terminé y me disponía a volver al cuarto cuando su voz me paró

-¿No olvidas algo?, la porquería de tu mamaíta está en la lavadora, no te moverás de aquí hasta que dejes la ropa tendida

El alma se me cayó a los pies , no me había acordado. corrí hacia el patio , vacié el artilugio que ya hacía tiempo que había terminado , la odié, si me lo hubiese dicho antes lo habría hecho y después hubiese recogido la cocina, en estos momentos en vez de tener que esperar que enjuagase

estaría tendiéndola , ya no tenía tiempo de volver con mi madre antes de la cena. me resigné, sentada sobre la tinaja de barro esperé , tenía frío pero no estaba dispuesta a volver a la cocina y ver su cara de satisfacción.

Cuando terminé ya la bruja había puesto la sopa en el fuego, un plato de judías verdes aliñadas con patatas cocidas y huevo eran el segundo plato. la sentí hablar con mi abuela en la sala, me dispuse a preparar la bandeja y a poner la mesa cuando entré en la estancia que ocupaban las mujeres, me miraron, lo que sucedió a continuación tardé en entenderlo.

-Mi hermana pondrá la mesa, sirve vuestra comida y vete, no quiero que vuelvas a salir del cuarto hasta que vayan a recogerte para llevarte a tu habitación .¿Me has entendido?

Estaba tan sorprendida que tardé en contestar, las dos me miraban impacientes. ¿Miedo? eso me pareció notar en sus ojos, me juré que averiguaría dónde radicaba mi poder.

Salí casi corriendo, lo preparé todo y me precipité al encuentro de mi madre. cuando entré ella dormitaba, era noche cerrada y los cristales estaban cubiertos de vaho, señal del frío de la noche de finales de otoño. cerré las contra ventanas de madera, al volverme su mirada estaba clavada en mi cara, sabía que su atención estaba fija en el moratón que ocupaba mi mejilla izquierda, no podía imaginar ella que hubiese aceptado cientos de guantazos por estar allí cenando y no en la mesa de la sala

Nos reímos recordamos anécdotas, le hablé de la señora Candelaria

-La recuerdo, la hermana del cura, pobre mujer parecía buena persona, solo la perdía su total dedicación a ese hombre. Cuando me quedé sola poco antes de casarme, murió mi padre solo un mes antes de la boda, acudió para ofrecermme su ayuda, gracias a que llegó tu padre con la tía Crisanta sino no sé qué hubiese pasado. Cuídate del señor párroco

Yo no le quise decir que estaba muerto, no entendía nada de lo que me había dicho, no sabía porque debía cuidarme de él, pero tampoco importaba, ya había pasado a mejor vida, además era tan feliz que no permitiría que nada empañase la alegría de aquel momento

El repiqueteo del teléfono de la habitación me devolvió al momento presente, me informaban de la recepción que tenía una llamada, deseaban saber si me la pasaban, les dije que sí. Era de la empresa donde había contratado el coche para confirmar la hora , una vez ultimados todos los detalles, encargué que me subieran la cena a mi habitación, una ensalada waldorf ,una botella de fijiwater, un café solo y una copa de chivas. me introduje debajo del agua helada y me dispuse a pasar la noche en vela. intenté no pensar en el pasado, froté mi cuerpo enérgicamente para

entrar en calor, me apliqué una capa generosa de crema hidratante, me coloqué el camisón y la bata, en estos menesteres estaba cuando llamaron a la puerta.

el camarero entró con mi frugal cena , le di una generosa propina y saboreé los manjares sin permitirme pensar en nada. ya sentada ante la copa de whisky con un cigarrillo entre los dedos mientras perdía mi mirada en la diminuta columna de humo, volví al pasado.

Llevaba un rato ya en mi habitación, donde llegué escoltada por mi carcelera, repasando los acontecimientos de los últimos días cuando de un brinco me senté en la cama con los ojos muy abiertos por el terror. tan ocupada había estado que no me había dado cuenta que al día siguiente era domingo, tendría que ir a la iglesia y estaba convencida que cuando dijeran que el párroco estaba desaparecido todos se darían cuenta que yo sabía algo, incluso puede que me señalasen como cómplice.

No dormí en toda la noche intentando buscar una salida a mi situación, me levanté con un fuerte dolor en la nuca, sacudí la cabeza para alejar mis funestos pensamientos y me dispuse a realizar mis tareas, aún no había amanecido pero tenía que darle el desayuno a mi madre, aunque dejase su aseo para más tarde, antes de acudir a la misa

Temblé al pensar que quizás no volviese. Ya regresaba del cuarto con la bandeja con las tazas sucias del desayuno cuando me tropecé con Crisanta. me miró con desprecio mientras me informaba de un nuevo castigo que no intentó siquiera justificar, no acompañaría a la familia a misa, permanecería allí rezando pidiéndole al señor que me perdonase y me hiciese digna de entrar en su casa. De nuevo la fortuna me sonreía, ese castigo era una bendición para mí, mientras ellos desayunaban recogí mi cuarto, se me había informado que no debía salir de él hasta que no se hubiesen marchado hacia la iglesia, así lo hice. Cuando me quedé sola corrí hasta la habitación de mi madre, una idea había tomado forma en mi mente

-Mamá, hoy te llevaré a lavarte en el cuartillo del patio, espera

Volví a la cocina y puse agua a calentar, preparé la bañera de zinc y la coloqué en el plato de ducha, me hubiese gustado que se duchase pero no teníamos agua caliente, mi abuela lo consideraba un derroche innecesario. no consentiría que mi madre en su estado pasase por lo mismo que yo pasaba todos los días, aunque ya me había acostumbrado, en realidad ese era el menor de mis problemas. cuando lo tuve todo preparado, muy despacio y con un gran esfuerzo, casi soportando todo su peso sobre mis hombros logramos llegar al cuarto de baño. ella llevaba agarrada la bolsita con sus cosas de aseo en la mano , se sentó en la bañera llena de agua , que yo había atemperado previamente y fue pasando la pastilla de jabón por todo su cuerpo. Salí y me quedé pegada a la puerta, bajo la fina

lluvia, para permitirle algo de intimidad, todos mis sentidos estaban puestos en el interior del cuarto para detectar cualquier ruido, temía que se cayese y pudiese hacerse daño pero sabía que para ella ese momento de intimidad era muy importante.

Cuando me permití entrar ella ya estaba vestida, se veía hermosa, hasta su corte de pelo desigual la favorecía. Cogí el enorme paraguas negro, que había depositado en un rincón cuando le preparé el baño, con mucho esfuerzo y realizando mil equilibrios para no resbalar en el patio mojado, llegamos al cuarto. le sequé los pies y le puse unos calcetines gordos que había robado de la cesta de mimbre donde mi abuela guardaba la ropa que tenía que repasar, estaba rota y había que zurcirla. previamente había arrastrado un sillón del cuarto de mi padre, de piel marrón estaba algo ajado pero me senté y pude comprobar que era cómodo, ellas no solían entrar allí ya que yo era quien limpiaba, mi esperanza era que mi padre no lo reclamara. de todas formas pensé que lo mejor sería hablar con él y pedirle que nos lo cediera hasta que mi madre estuviese mejor.

Puse una de las sábanas viejas sobre el sillón para que no sintiese el frío de la tapicería, la acomodé, le entregué la biblia, con mucho pesar tuve que dejarla sola, tenía muchas cosas que hacer y no quería darles motivos para más castigos.

Estuve toda la mañana ocupada pero no dejaba de pensar en lo que estaría ocurriendo en la iglesia, como justificaría su hermana la ausencia del párroco, tras mucho pensar a estas alturas estaba segura que ella era cómplice, sino como no había denunciado su falta, si lo hubiese hecho la policía habría ido a interrogarme pues yo había estado allí el último día que lo vieron vivo. De todas formas la disculpaba, algo habría hecho él para merecer la muerte, la señora Candelaria era mi única posibilidad de salir de aquella casa, al menos durante unas horas y no estaba dispuesta a renunciar, juraría si era preciso que había visto al sacerdote vivo mientras me comía el tazón de galletas, después de tantos días, me parecía toda una vida, en Mertue mi apreciación del bien y del mal era bastante particular

Puse la mesa, calenté el pollo en salsa, serví en un plato las patatas aliñadas con judías verdes y huevo que Crisanta había dejado en una fuente de porcelana, corte dos rodajas de pan, y por último saqué cuatro presas de la olla que ya hervía y lo fui colocando todo en la bandeja. me acordé de una mesita pequeña que estaba en la entrada en un rincón con un paño de croché y un caballo encabritado encima, sabía que si no la devolvía a su sitio antes de que llegaran, la tabla que colgaba de la pared volvería a las manos de mi abuela. pero todavía era pronto y estaba segura de conseguirlo, deposité el adorno en el suelo cargué con la mesa. cuando entré en el cuarto mi madre se sobresaltó

-No has debido hacer esto ya es bastante la ocurrencia del sillón, para que encima vean que falta la mesa y lo notaran en cuanto entren

Me reí aparentando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir, mientras salía escuchaba a la pobre repetir que era una temeridad. En realidad lo era, pero me estaba acostumbrando a vivir así, siempre al límite. Llevé la bandeja, una jarra con agua y dos vasos y nos dispusimos a comer ella en el sillón y yo en el borde de la cama. jamás había visto a alguien comer tan rápido, temí que le sentara mal, sabía que lo hacía para reducir al máximo las posibilidades de que me pillaran, pero aunque parezca mentira a mí me daba igual, todo por disfrutar de esta comida junto a ella, sin miedo, sin tensión, no sé si alguna vez fue consciente de lo que significaban para mí esos momentos robados a mi martirio, ni cuánto sufrí cuando se distanció de mí y se encerró en sí misma sin darme ninguna explicación

Estaba recogiendo los últimos vestigios de nuestro almuerzo cuando escuché la puerta, corrí al cuarto de mi madre, si no era necesario no saldría de allí hasta que me reclamaran para recoger la cocina. ella dormía en el sillón, no me sintió llegar, me eché en la cama para esperar y debí quedarme dormida, cuando me desperté, mi madre leía la biblia muy entretenida, la luz exterior había disminuido era casi de noche y ya no llovía

-¿Qué hora será? Pregunte inquieta

-Quizás las cinco, hace algún tiempo que dejé de escuchar ruido en el comedor

El corazón me latía muy deprisa, era imposible que Crisanta no me hubiese reclamado, algo extraño ocurría, además ya era la hora de acudir a mi clase de religión con la señora Candelaria.

Ayudé, como una autómatas, a mi madre a acostarse mientras sopesaba lo que debía hacer, aunque el sentido común me aconsejaba que permaneciese allí hasta que alguien me viniese a buscar, mis ganas de acudir a mi clase pudieron más y después de despedirme de mi progenitora hasta la cena salí decidida hacia el salón con la biblia en la mano para recordarles sin palabras, mi "obligación".

Mi entrada produjo una serie de acontecimientos en cadena que yo no era capaz de entender, la mirada de mi padre se clavó en mi cara, las dos mujeres se miraron aterradas, comenzó a gritar gesticulando dirigiéndose ahora la una a la otra, las dos encogidas no osaban contestarle, salió, pasó a mi lado como un huracán, dando un portazo dejó un ambiente gélido tras de él. no comprendía nada pero fuese lo que fuese tenía relación conmigo y la mirada de odio que me dedicaron las dos mujeres

no presagiaba nada bueno. escapé mejor de lo que esperaba

-Vete a tu cuarto, no saldrás de allí hasta mañana, mi hermana le llevará la cena a tu madre

Pensé protestar, pero el tono duro de la voz de mi abuela me aconsejó frenar mis impulsos, por mucho que desease salir, estaba claro que algo malo había hecho, no sabía qué, pero no estaba dispuesta a sufrir de nuevo.

Di la vuelta, sin mirar atrás entré en mi habitación, abrí las contra ventanas de madera, aun había algo de luz. mi peludo amigo asomaba su cabeza por encima de la valla, rebuznó para darme la bienvenida o al menos eso quise creer.

Fui a la mesita de noche y recogí un bolígrafo, saqué de debajo de mi colchón un papel donde anotaba una señal por cada día que llevaba internada en el infierno. los conté, dos meses, un dolor punzante me atravesó el pecho, era mi cumpleaños, quince de diciembre, nadie se había acordado ni mi padre ni siquiera mi madre, en su defensa no creo que ella recordase el día en el que estaba.

Dejé que el frío de la tarde /noche entrara, asomé la cabeza pegándola a los hierros y extendiendo la mano para intentar acariciar a mi amigo, canté en un susurro mientras las lágrimas corrían por mi cara

-Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseamos todos, cumpleaños feliz

Parece que el cielo me escuchó y quiso hacerme un regalo, unos pequeños copos de nieve se depositaron sobre mi mano extendida. Qué diferencia con mi onceavo cumpleaños, cuando mis amigas en aquella cafetería donde las invité a merendar, se arremolinaban para darme sus regalos mientras gritaban el cumpleaños feliz más desentonado que yo había escuchado, entre risas.

Sacudí la cabeza y me restregué las lágrimas, no debía ser débil, cerré la ventana y me tendí en la cama. repasé todo lo ocurrido por si era capaz de entender los acontecimientos, entonces una luz se encendió en mi mente, eso era, ya no recordaba mi aspecto, apenas me dolía la cara, pero mi padre no me había visto tras el castigo, ese era el motivo por el que me habían mantenido lejos de él para que no se diera cuenta. Una alegría inmensa me invadió, aunque hasta ese momento pensase que no le importaba nada, no era cierto y ellas lo sabían pensé que quizás eso me pudiese proteger en el futuro, que equivocada estaba

La muerte del cura pasó a ocupar mis pensamientos , todo había sido tan rápido que no había podido saber si se había sabido algo de lo sucedido el domingo anterior ,supuse que doña Candelaria habría inventado algún

viaje, me prometí apoyarla si llegaba a necesitarme.

A la mañana siguiente cuando desperté el estómago me dolía pero no me atreví a salir, recogí mi cuarto y esperé sentada en la cama que aparecieran para permitirme salir de mi encierro. no tardó mucho en aparecer Crisanta

-Puedes volver a tus ocupaciones, recuerda que antes de atender a tu madre tienes que terminar tus tareas y ya vas muy retrasada

No protesté, casi corriendo me ocupé de recoger toda la casa. a media mañana la vieja bruja se había encerrado en el cuartito del patio, mi abuela permanecía en su cuarto y a mi padre no lo vi. precipitadamente antes de que alguien volviese y me lo pudiese impedir, preparé la bandeja con dos tazones de leche y dos rodajas de pan que, como nadie me controlaba, unté generosamente con mantequilla, y me dirigí al cuarto de mi madre. cuando entré estaba sentada en el sillón, soltó un grito ahogado

-Gracias dios mío, estaba tan preocupada, nadie vino anoche, ni esta mañana, no quise llamar por si te perjudicaba

Las odié, cuánto deseé en ese momento que se murieran

-¿No te trajo Crisanta la cena?

-Eso es lo de menos no tenía hambre, pero las conozco y cuando no llegaste me preocupé

No contesté, puse la bandeja sobre la cama y con mucho cuidado le ayudé a tomarse su desayuno. a continuación saboreé el mío, miré de reojo a mi madre tenía los ojos muy hinchados señal inequívoca de que había estado llorando durante mucho tiempo, juré que algún día me vengaría

La semana pasó sin sobresaltos, no vi a mi padre, y apenas un par de veces a mi abuela que permanecía casi todo el día encerrada en su cuarto, solo Crisanta seguía torturándome, era su pasatiempo favorito.

Mi madre estaba mucho mejor, antes de que nadie se levantara se acercaba al cuartillo y se aseaba, daba un paseo por el largo pasillo y se encerraba de nuevo en su cuarto. Yo había robado una aguja, hilo, unas tijeras y con unas sábanas viejas me estaba haciendo un camisón, ese trabajo y la lectura de la biblia eran su único entretenimiento

El domingo me levanté mucho más temprano que de costumbre. cuando llegó la bruja a la cocina ya había recogido incluso el servicio de desayuno de mi madre y mío. Me miró sin decir nada y llevó la bandeja al comedor. intenté escuchar algo de lo que decían pero no se escuchaba ni el vuelo de

una mosca, me senté en un pequeño taburete junto a la chimenea y esperé.

Entró con los restos del desayuno, se veía disgustada, bajé la mirada y la clavé en el suelo, no estaba dispuesta a darles ningún motivo para que me dejaran allí encerrada, no por asistir a los oficios sino por acudir por la tarde a mi clase con la señora Candelaria

-En tu cuarto te he dejado un abrigo, colócatelo y ponte las botas, nos iremos en unos minutos, no tardes a tu abuela no le gusta llegar con los oficios empezados

Se notaba que hubiese dado cualquier cosa por dejarme allí, yo no le había hecho nada, no entendía por qué me odiaba tanto. La obedecí sin rechistar, en pocos minutos esperaba preparada junto a la puerta, como un perrito espera que sus dueños lo saquen de paseo.

Mi abuela agarrada del brazo de mi padre y Crisanta tras de ellos con mi mano fuertemente apretada, tanto que me hacía daño, me cogió además la mano izquierda que aún me molestaba un poco tras el castigo de la semana anterior, estoy segura que lo hizo a propósito, subimos la calle. esta vez levanté la mirada y observé a las pocas personas que hundiéndose en la nieve subían junto a nosotros, apenas se les veían los ojos embazados como estaban para protegerse del frío.

No estaba en la puerta de la iglesia esperándonos el sacerdote, no me sorprendió habida cuenta yo sabía que estaba muerto, cuando entramos el silencio era total, no habría más de veinte personas dispersas formando pequeños grupos, mi mirada estaba fija en la puerta de la sacristía por donde estaba segura que saldría la señora Catalina para volver a excusar a su hermano. No pude evitar lanzar un grito ahogado cuando el cura con las manos juntas y la vista alzada se dirigió al altar, me puse muy nerviosa, noté la mirada de los escasos fieles y el pellizco de la tía Crisanta, no sé qué me dolió más. Los ojos se me salían de las orbitas, para mí ese hombre no era real, tenía que ser un aparecido, pero todos lo veían, no lograba entender nada. Salí de la iglesia sin haber logrado encontrar una explicación razonable para todo aquello

Realicé todas mis tareas como una autómatas, en varias ocasiones descubrí a la bruja mirándome intrigada, estaba demasiado acostumbrada a vigilarme como para que mi actitud no le chocara. también mi madre notó mi estado de ánimo durante la comida, yo solía contarle anécdotas, no paraba de hablar, hoy no había abierto la boca. me justifiqué diciéndole que me dolía la cabeza, entornó los ojos y me miró, sé que no me creyó pero respetó mi silencio y no volvió a preguntarme nada. en cuanto terminamos de comer le dije que iba a recoger la cocina y a acostarme un rato, volvería a la noche, asintió, yo no podía preocuparme ahora de lo que pensase mi madre, tenía cosas más importantes y

urgentes , lo primero, cómo librarme de ir a las clases de religión , no estaba dispuesta a averiguar si era real el cura o no

La bruja se dio cuenta enseguida de lo que había detrás de mi dolor de cabeza, no sabía por qué no quería acudir a las clases, pero su mayor placer era fastidiarme así que insistió en lo importante de mi asistencia, ya había faltado un domingo, la señora Catalina pensaría que no teníamos interés. en fin que mi abuela pasó de mis quejas me puso la biblia en la mano, el horrible abrigo negro ,que seguro que fue de alguien veinte kilos más gorda que yo, y me envió al cadalso.

Subí la calle temblando, las botas se hundían en la nieve pero ese no era el único motivo por el que avanzaba tan despacio, tenía terror a enfrentarme con los habitantes de la iglesia. Llegué a la puerta y la encontré cerrada, estuve tentada de volverme pero no deseaba otra paliza. Sacudí la cabeza, me dispuse, como Agustina de Aragón con valor, a enfrentarme a mi destino, di la vuelta y me introduje por la misma puerta que la vez anterior, debía dirigirme a la casa donde sabía que estaría la señora pero sin saber por qué mis pies se encaminaron a la sacristía. estaba a punto de asomar la cabeza cuando la asesina salió, casi nos chocamos, solo la había visto de espalda pero la reconocí, la ropa era la misma, su pelo largo y rizado, alborotado, de un rubio ceniza, no podía ser otra, tenía expresión triste. se sorprendió tanto como yo , no era guapa pero sí joven, no debía de tener más de dieciocho años, al menos eso me pareció ,muy joven para matar a nadie.

Enseguida se desentendió de mí, salió de la iglesia por el mismo sitio por donde yo había entrado, mi curiosidad me hizo asomarme a la sacristía, el señor cura estaba sentado en una silla con los ojos cerrados, supe que no estaba muerto porque respiraba fuerte, ni tampoco era un espíritu porque de lo que yo sabía los espíritus no sudaban y las gotas le recorrían la cara como pequeños arroyos. Mientras me dirigía a mi clase me propuse averiguar qué pasaba, pronto entre leche caliente, galletas e historias interesantes, porque la biblia en boca de mi nueva profesora se convertía en fuente inagotable de anécdotas, olvidé lo ocurrido. cuando llegó Anastasio y me monté con él en la furgoneta no tuve miedo, ya no me pareció alguien perverso sino un duende bueno, me miro preocupado, le había preguntado a la señora Candelaria por mi

-¿Estás segura que esas brujas no te han hecho daño?

Repetía una y otra vez sin creerse mis excusas, yo le repetía que había estado con fiebre, eso era lo que me habían dicho en mi casa que debía decir. ya más tranquilo puso el coche en marcha mientras me contaba los cotilleos del pueblo, así fui conociendo a los habitantes de la pequeña aldea. me enteré que había un colegio y niños de mi edad, se despidió

diciéndome

-Dile a doña María que te mande a la escuela, te lo pasarás bien

Asentí aunque sabía que no me atrevería. Entré, me dirigí a mi cuarto, me quité las botas, el abrigo ,me puse el delantal y me fui a preparar la mesa. cuando entré en la sala mi padre fumaba su pipa junto al fuego mientras mi abuela cosía muy atareada, no se dignaron mirarme. ya en la cocina Crisanta trajinaba de un lado a otro ultimando la cena , me señaló los platos yo fui trasladándolo todo a la mesa. cuando hube terminado preparé la bandeja y sin más me dirigí a la habitación de mi madre. cuando entré paseaba nerviosa

-¿Estás bien? Me has tenido preocupada

-Estoy estupendamente

Era feliz, le conté mi clase de religión, las sabrosas galletas de chocolate, le hablé del duende bueno que me traía a casa, pero no le mencione nada de la mujer de la sacristía, sabía que eso era algo malo, y no quería preocuparla.

La semana transcurrió sin incidentes entre mi trabajo , el cuidado de mi madre , que ya estaba muchísimo mejor , y el plan que estaba tramando para descubrir el secreto del señor cura, me encontré a las puertas de la iglesia un domingo más sin darme cuenta.

Había corrido para terminar antes mis tareas, quería llegar antes que la extraña joven se hubiese ido. Por la mañana me había llevado varios pellizcos de la tía Crisanta por mi falta de atención, pero tan preocupada estaba elaborando mi plan que me era imposible centrarme en el oficio. me precipité a la puerta lateral por donde había entrado hasta ese momento, la encontré cerrada, tal fue mi sorpresa que no supe que hacer, volví cabizbaja a la entrada principal, allí de pie arrebujaada en un grueso abrigo de lana, estaba mi anfitriona

-No debes entrar por esa puerta, llama directamente a la casa, yo te abriré, esa está reservada para los fieles que vienen a solicitar la ayuda de mi hermano

Me prometí que tarde o temprano descubriría el secreto del párroco

El invierno transcurrió monótono, mi creciente amistad con Anastasio, mi cariño a mi maestra que crecía conforme pasaban las semanas, me hacían más llevaderos los continuos encuentros con la palmeta, que mi abuela utilizaba a la mínima oportunidad. una vez que se dio cuenta de que para los demás la deformidad de mi mano izquierda ,tapada con los guantes, pasaba desapercibida. ni la señora Candelaria se dio cuenta de los

castigos ya que yo procuraba ocultarlos por miedo a que ella le dijera algo a las brujas y estas me impidieran volver a mis clases de religión.

No acudimos a la misa del gallo, único acontecimiento digno de mención en las fiestas de navidad en aquel pueblo triste, por estar de luto. Qué lejos quedaban las calles profusamente iluminadas, los desfiles por los decenas de belenes, los villancicos de solo un año atrás

Poco después de navidad mi madre totalmente restablecida, recibió la visita de mi abuela en su cuarto, estábamos leyendo juntas la biblia, única lectura en aquella casa, cuando la puerta se abrió. no se dignó llamar, apareció en la puerta. dirigiéndose a mí directamente me ordenó

-Sal de aquí

Dudé unos segundos, pero mi madre asintió con la cabeza. Salí no muy convencida, dispuesta a quedarme en la puerta por si me necesitaba pero fuera estaba Crisanta que agarrándome fuertemente del brazo tiró de mí hacia la cocina.

Durante mucho tiempo estuvieron encerradas en el cuarto, cuando mi abuela entró en la cocina quise correr al encuentro de mi madre por miedo a que le hubiese hecho algún daño, su voz me frenó en seco

-Volverás a comer en la mesa, ya no tienes necesidad de cuidar a nadie. te centrarás en tus tareas

Intenté replicarle, no tuve tiempo, continuó

-Tu madre también se sentará con nosotros y se ocupará de su propia persona .¿Te ha quedado claro?

Asentí, tan sorprendida estaba que no supe replicar. en la cena, en efecto, me indicaron que pusiese dos servicios más. cuando apareció mi madre en el comedor enseguida me di cuenta que algo había cambiado, no se dignó a mirarme, ocupó la silla a la izquierda de mi abuela desplazando a Crisanta que la miró con odio. mi padre, sin dirigirle una palabra a su mujer se sentó frente a ella, yo, a su lado. después de bendecir la mesa comimos en silencio. una vez terminamos esperamos que mi abuela se l